

ISSN 0013-9693

# Aevum

Rassegna  
di scienze storiche linguistiche  
e filologiche

1

Anno LXIX gennaio-aprile 1995



IÑIGO RUIZ ARZALLUZ

## AUGUSTO, NERÓN Y EL *PUER* DE LA CUARTA ÉGLOGA

*A la memoria de mi padre*

Ningún texto clásico ha merecido mayor atención que la cuarta égloga de Virgilio, y ninguno ha suscitado menor acuerdo entre sus exegetas: las teorías que tratan de explicar estos versos, atormentados por dos mil años de filología, rara vez reúnen en sus nóminas más de uno o dos nombres. Aparte la oscuridad que quiso el propio Virgilio, a un tal estado de cosas ha contribuido la confusión que reina, a ese respecto, en los escolios antiguos, y quizá no en último lugar la viejísima interpretación cristiana que, subrepticamente, ha forzado también las lecturas de la filología moderna, fomentando la búsqueda de una llave perfecta y esotérica, alternativa pagana a su *puer* cristiano, que explique todos y cada uno de sus detalles. Si contamos con la presencia de algunos de los temas más importantes de la égloga cuarta en la literatura de las generaciones inmediatamente posteriores a Virgilio — siempre de la mano, a pesar de todo, de los comentaristas antiguos —, y con el hecho nada banal de que estos versos virgilianos, repletos de alusiones a cuestiones políticas candentes durante los años que precedieron y siguieron a su factura, no vivieron ocultos ni se nos transmitieron de forma precaria y marginal, sino que fueron leídos sin interrupción por toda clase de gentes, podemos apuntalar una antigua hipótesis más verosímil y más sencilla que las que hoy sostiene la mayor parte de quienes se han ocupado de «le mystère de la quatrième églogue»<sup>1</sup>.

\* Estoy en deuda con la Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea por la ayuda que me prestó para viajar a Italia y poder así adecentar las notas de este artículo; con Francisco Rico por haberlo leído; y sobre todo con M<sup>a</sup> Rosario Inda por su colaboración.

<sup>1</sup> Estados e historias de la cuestión, indispensables para marear en la inmensidad de la bibliografía virgiliana, se encontrarán en los siguientes estudios: K. BÜCHNER, *Virgilio. Il poeta dei Romani*, Brescia 1986 [trad. it. de *P. Vergilius Maro*, in *RE*, VIII A 1, 1955, 1021-1264; VIII A 2, 1265-1493]; R.G.M. NISBET, *Virgil's fourth eclogue: easterners and westerners*, «*BICS*», 25 (1978), 59-78; E. COLIARO, *An introduction to Vergil's «Bucolics», with a critical edition of the text*, Amsterdam 1979, 219-50; W.W. BRIGGS, *A bibliography of Virgil's «Eclogues» (1927-1977)*, in *ANRW*, II, 31.2 (1981), 1265-1357; H. NAUMANN, *Das Geheimnis der vierten Ekloge*, «*AU*», 24 (1981), 29-47; F. DELLA CORTE ET AL., *Bucoliche*, in *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma 1984, s. u.; *Id.*, *Il 'puer' di B 4<sup>a</sup>*, s. u. *Puer*, in *Enciclopedia Virgiliana*, IV, Roma 1988, s. u.; y W. KRAUS, *Vergils vierte Ekloge: ein kritisches Hypomnema*, in *ANRW*, II, 31.1 (1980), 604-45, así como los demás ar-

Entre quienes han tratado de esta *quaestio quaestionum* son legión los que se inclinan por identificar al *puer* con un personaje — niño o no — de carne y hueso. Muchos han terminado por dar crédito a la noticia que el Servio danielino hace remontar a Asconio Pediano y según la cual el *puer* — meollo, al fin y al cabo, del sentido de la égloga — debería identificarse con Asinio Galo: así es, en efecto, para Gregh, Paratore, Hommel, Krogmann, Stégen, Kerényi, Waltz, Grüber y muchos más; para otros, como Gagé o Echave-Sustaeta, el niño sería el hermano menor de Asinio Galo, Salonino, nacido en el año 39 a.C., aunque hay quienes, como Syme, sostienen que jamás existió ningún Asinio Salonino; para Carcopino, Faider, Poplawski, Tarn, Savage, Préaux, D'Antò, Verdière, Mette, Duquesnay, el *puer* tendría que haber sido el niño que esperaba Octavia, hermana del futuro Augusto, a la sazón recién casada con Marco Antonio, y que resultó ser, en realidad, una *puella*: Antonia; para Drew y otros pocos el niño anunciado sería Alejandro Helios, que nació el mismo año 40 a.C. de Marco Antonio y Cleopatra; para Wili, Schadewaldt, Salmon, Hahn, Bömer, Hartke, Jachmann, Bickel, Hanslik, Duckworth, Perret, Hardie, Holtorf, el *puer* de la égloga escondería al hijo que esperaban Octaviano y Escribonia, y que fue Julia, la esposa de Agripa y, luego, de Tiberio; para Herrmann debería ser, en cambio, el hijo póstumo del anterior marido de Octavia, aquel Marcelo al que Virgilio hace aparecer en la *Eneida* (VI 855). Para alguno o algunos de los gramáticos cuya opinión se recoge en los *Scholia Bernensia* y en Filargirio — y también, aunque de otro modo, en Servio —, así como para unos cuantos eruditos modernos (Penn, Plüss y, ya en este siglo, Kukula, Weber, Wagenvoort, Radke, Seel, Binder, Uruschadse), el *puer* es el propio Augusto: intentaré, en las líneas siguientes, aportar nuevos argumentos en favor de esta hipótesis<sup>2</sup>.

títulos pertinentes de la *Enciclopedia Virgiliana* ya citada; para la interpretación cristiana en particular, puede partirse de S. BENKO, *Virgil's fourth eclogue in Christian interpretation*, in *ANRW*, II, 31.1 (1980), 646-705 y de P. COURCELLE, *Les exégèses chrétiennes de la quatrième églogue*, «REA», 59 (1957), 294-319; una nueva contribución a la tesis 'orientalista' no recogida en los repertorios citados es L. NICASTRI, *La quarta ecloga di Virgilio e la profezia dell'Emmanuele*, «Vichiana», 18 (1989), 221-71. Estos *status quaestionum* me eximen, felizmente, de una revista de las distintas teorías en torno a los puntos que aquí interesan, así como de refutar hipótesis alternativas a la que he adoptado.

<sup>2</sup> Las referencias a los trabajos de los eruditos mencionados se encontrarán en BRIGGS, *A bibliography*, 1311-25 y en DELLA CORTE, *Il 'puer'*, 342-44, con la excepción de J. PENN, *Observations in illustration of Vergil's fourth eclogue*, Dublin 1825, TH. PLÜSS, *Die Gottmenschlichkeit und die Wiedergeburt des Octavianus Augustus*, «Neue Jahrbücher für klassische Philologie und Pädagogik», 1870, 146-52, R.C. KUKULA, *Römische Säkularpoesie. Neue Studien zu Horaz' XVI. Epodus und Vergils IV. Ekloge*, Leipzig y Berlín 1911, W. WEBER, *Der Prophet und sein Gott. Eine Studie zur vierten Ekloge Vergils*, Leipzig 1925, y A. URUSCHADSE, *Vergils vierte Ekloge*, «Klio», 67 (1985), 205-09. A la lista de los partidarios de identificar al *puer* con el futuro Augusto habría que añadir a E. LÉFÈVRE, *Vergil: 'Propheta retroversus'*, «Gymnasium», 90 (1983), 17-40, 21, que se suma, sin dar detalles al respecto, a aquellos «die aus den verschiedensten Gründen den *puer* direkt als Octavian deuten», y lo mismo parece que puede decirse de F. MULLER, *Augustus*, Amsterdam 1927; similar es el caso de O. SKUTSCH, *Symmetry and sense in the «Eclogues»*, «HSPH», 73 (1969), 153-69, 167, que se muestra convencido — sin detenerse tampoco en los detalles — de que el niño de la égloga «is Octavian, seen through the child as Julius is seen through Daphnis»; quizá también habría que contar con N. STROSETZKI, *Vergil, 4. Ekloge und Horaz, 16. Epode im Unterricht*, «AU», 6 (1963), 5-30, que ve en el *puer* a Octaviano y la Edad de Oro a un tiempo. Theodor Plüss cambió de opinión unos años después de publicar el artículo mencionado, y creyó entonces que el *puer* era un hijo de Baco al menos en el momento en que Virgilio escribió la égloga, aunque más tarde, y a

El tema central de la égloga es el advenimiento de la Edad de Oro y el nacimiento del misterioso niño que asistirá al evento en calidad de rector universal. En efecto, si de los versos virgilianos no puede deducirse — ni descartarse — que será el niño quien traiga al mundo la *aetas aurea*, es indiscutible que éste vivirá tal acontecimiento no como mero espectador — como en algún caso se ha pretendido — sino como *Weltherrscher*: así, «reget... orbem» (IV 17), y será autor de grandes hazañas que el poeta desea ya poder cantar en el futuro («o mihi tum longae maneat pars ultima uitae, | spiritus et quantum sat erit tua dicere facta!»<sup>3</sup>: IV 53 s.); no se pasa por alto su linaje: su padre debió de tener — como tendrá también él — esclarecidas virtudes (ya que regirá el mundo «patriis uirtutibus»<sup>4</sup>: IV 17) y realizó hazañas dignas de ser escritas y leídas («at simul heroum laudes et facta parentis | iam legere et quae sit poteris cog-

---

través de caminos que se esforzó en despejar, pasó a identificarse con Augusto (Th. Prüss, *Des Vergilius vierte Ecloge*, «Neue Jahrbücher für klassische Philologie und Pädagogik», 1877, 69-80). Naturalmente, no todas las teorías que existen al respecto pretenden identificar al *puer* con un personaje histórico concreto, sino que las hay también que propugnan una interpretación puramente simbólica del niño: así, Schenk von Stauffenberg, Büchner y Manson identifican al *puer* con la propia Edad de Oro; Préaux, Boyancé, Otis, Mette y Williams, por ejemplo, con la paz de Brindis; Bollack con el propio poema de Virgilio, etc. (véanse las referencias completas, una vez más, en BRIGGS, *A bibliography*, 1313-16, y en DELLA CORTE, *Il 'puer'*, 343 s.); en fin, J.-P. BRISSON, *Rome et l'âge d'or de Catulle à Ovide, vie et mort d'un mythe*, París 1992, 75-107, piensa que Virgilio quiso hacer posibles dos lecturas opuestas de la égloga: una — y es por esto por lo que viene aquí citado — en la que la Edad de Oro sería la de la propaganda augústea y al menos el *ille* de IV 15 (parece, de acuerdo con las páginas 106 s., que también el *puer*) el propio Octaviano, y otra — la que Virgilio tenía, por así decir, para sí — en la que el *puer* debería identificarse con Dioniso — quizá también, en cierto sentido, con Antonio — y la *aetas aurea* con el reino que las doctrinas órficas asignaban a éste (otros trabajos anteriores de Brisson en los que también se toca la cuestión de la cuarta égloga, aunque desde perspectivas que aquí importan menos directamente, vienen citados en el libro mencionado y en las obras de referencia aducidas en la n. 1). Por otro lado, debe entenderse que, en algún caso, la asignación del nombre de un erudito a una teoría exigiría ciertos matices — pienso, verbigracia, en el caso de Büchner o Bickel — que, sin embargo, creo que no son relevantes para lo que aquí nos ocupa (de ahí las diferencias que en este sentido puedan encontrarse con relación, por ejemplo, al panorama que presenta COLERO, *An introduction*, 231 s.).

<sup>3</sup> Algunos han exagerado — en el afán de combatir la interpretación mesiánica de la égloga — las razones por las que en «tu modo nascenti puero, quo ferrea primum» (IV 8) — puntuándolo del modo en que lo hace la mayoría de los editores — *quo* tiene que expresar una simple simultaneidad entre el hecho del nacimiento del niño y el advenimiento de la Edad de Oro, y no una relación de causa y efecto: puede querer decir tanto lo uno como lo otro. (El lugar clásico para lo que podríamos llamar el término marcado de la oposición, es decir, la defensa de la simple simultaneidad entre los dos hechos, es el bonito y aún valioso libro de J. CARCOPINO, *Virgile et le mystère de la IV<sup>e</sup> églogue*, París 1930, 28-30, en el que hay que leer con atención lo que el autor relega a la nota 3 de la página 29 — no he podido ver los *addenda* de la séptima edición, París 1943 —; una reflexión reciente sobre la función de *quo* y sobre la puntuación del verso puede leerse en KRAUS, *Vergils vierte Ekloge*, 608 s., y en J. BEAUJEU, *L'enfant sans nom de la IV<sup>e</sup> bucolique*, «REL», 60, 1982, 186-215, 199).

<sup>4</sup> Sobre si «patriis uirtutibus» debe entenderse referido a «reget» o a «pacatum» se ha discutido largamente: un pequeño — pero suficiente — *status quaestionis* puede leerse en KRAUS, *Vergils vierte Ekloge*, 614 s., añadiendo al menos la aportación de CARCOPINO, *Virgile et le mystère*, 26 s., que adopta la traducción de Goelzer y se muestra partidario él también de leer «et il gouvernera l'univers pacifié par les vertus de son père». Para lo que aquí más interesa — y, en general, para el sentido del pasaje, tal y como señala el propio CARCOPINO, *ib.* n. 2 — es indiferente una u otra lectura: me inclino, sin embargo, por entender «patriis uirtutibus» con «reget».



noscere uirtus»<sup>5</sup>: IV 26 s.), hasta tal punto que a Virgilio le es inevitable contemplar al hijo como de estirpe divina: «cara deum suboles, magnum Iouis incrementum» (IV 49); y no está claro, además, si será — o siquiera parecerá — sólo hombre, o también héroe o dios: «ille deum uitam accipiet diuisque uidebit | permixtos heroas et ipse uidebitur illis» (IV 15 s.)<sup>6</sup>.

### 1. Aurea gens

Aunque el topos de la Edad de Oro es frecuente en la literatura romana, no puede decirse lo mismo del que presenta una época de felicidad universal ligada necesariamente al advenimiento de un monarca<sup>7</sup>. Si seguimos la cronolo-

<sup>5</sup> No es banal la cuestión de si la lectura correcta es «parentis» o «parentum»: como señala KRAUS, *Vergils vierte Ekloge*, 621, «der Singular macht die Frage nach der Identität des Kindes dringlicher». Lo cierto es que la tradición directa está mayoritariamente por «parentis», y que la indirecta lo está unánimemente. La suposición de CARCOPINO, *Virgile et le mystère*, 27 n. 2, y más tarde también de BÜCHNER, *Virgilio*, 243, de que el Servio danielino pensaba en «parentum» cuando escribió «et bono ordine primo poetas, deinde historicos, deinde philosophos legendos dicit», es poco menos que una fantasía. El resto de los argumentos que apoyan «parentis» (y con la excepción, obviamente, del hecho de que sea la lectura del *Romanus*) son viciosos: si pensamos en el hijo de Asinio Polión, nos conviene más — a lo que parece — «parentum»; si estamos por la identificación del puer con Augusto, preferimos «parentis». R. Sabbadini, salomónicamente, propone una variante de autor: «parentum Vergilius scripsit cum nascens puer caelo descendebat, nullo certo parente; deinde cum eum Pollione ortum fecisset, correxerat parentis» (P. VERGILI MARONIS, *Opera*, rec. R. SABBADINI, Roma 1930, *ad loc.*; para las variantes de autor en Virgilio no estará de más remitir siquiera a S. TIMPANARO, *Per la storia della filologia virgiliana antica*, Roma 1986, 56 s. y 183 ss.). Cuéntese, por lo demás, con que prácticamente todos los editores de este siglo adoptan «parentis».

<sup>6</sup> «Ille deum uitam accipiet diuisque uidebit | permixtos heroas et ipse uidebitur illis» (IV 15 s.) puede tener, quizá entre otras más, dos lecturas: por un lado, puede hacer alusión al detalle del mito según el cual en la Edad de Oro hombres y dioses viven mezclados, con lo que «accipiet...» habrá que entenderlo como «tendrá la misma vida que los dioses»; por otro lado, puede querer decir, simple y llanamente, que el niño tendrá la vida de un dios porque será un dios o, siquiera, como un dios. La mención de Apolo en IV 10 — junto con otros detalles que se ven más abajo — predispone al lector a esta última interpretación.

<sup>7</sup> Otra cosa es lo que pueda deducirse de las representaciones numismáticas: las figuras acuñadas en emisiones de épocas muy bien determinadas se han interpretado en ocasiones como símbolos, precisamente, de una asociación entre un magistrado o un emperador y el advenimiento de una Edad de Oro. Parece probado que, al menos desde finales del siglo II a.C., se había difundido en algunos ambientes de la sociedad romana la creencia — de origen oriental — de que cierto dios (originariamente, quizá, Αἰών Πλουτώνιος, es decir, *Saeculum Frugiferum*) que se identificaría simultáneamente con Apolo y Júpiter y cuyos atributos y nombre habrían sufrido enrevesados avatares, traería al mundo una época de felicidad caracterizada esencialmente por la abundancia material, y que, siguiendo también en esto una costumbre oriental, determinados magistrados o *principes* trataron de identificar el comienzo de su periodo de mandato con la presencia del mencionado dios y, por ende, con la Edad de Oro. Estas creencias y estas actitudes — que entroncan, además, con los oráculos sibilinos — circulan también sin duda bajo los versos de la égloga cuarta (y, de un modo u otro, bajo relatos sobre la Edad de Oro como el prototípico de Hesiodo). Baste, para todo esto, remitir a los estudios de A. ALFÖLDI, *Der neue Weltherrscher der vierten Ekloge Vergils*, «Hermes», 65 (1930), 369-84; ID., 'Redeunt Saturnia regna'. [I.] (*L'attente du roi-sauveur à Rome*), «RN», 13 (1971), 76-89; ID., 'Redeunt Saturnia regna'. II. *An iconographical pattern heralding the return of the Golden Age in or around 139 b.C.*, «Chiron», 3 (1973), 131-42; ID., 'Redeunt Saturnia regna'. III. *Juppiter-Apollo und Veiovis*, «Chiron», 2 (1972), 215-30; ID., 'Redeunt Saturnia regna'. IV. *Apollo und die Sibylle in der Epoche der Bürgerkriege*, «Chiron», 5 (1975), 165-92; ID., 'Redeunt Saturnia regna'. V. *Zum Gottesgnadentum des Sulla*, «Chiron», 6 (1976), 143-58; ID., *From the Aion Plutonios of the Ptolemies to the Saeculum Frugiferum of the Roman emperors*. ('Redeunt Sa-

gía, el primer caso con el que topamos — prescindiendo del de la égloga cuarta, que es, precisamente, el primero — es aquel famoso pasaje del libro sexto de la *Eneida* en el que Anquises muestra a Eneas a la prole dardania: Silvio, Procas, Capis, Numitor, Silvio Eneas, Rómulo y, para terminar, el propio Augusto (*Aen.* VI 791-794):

hic uir, hic est, tibi quem promitti saepius audis,  
Augustus Caesar, diui genus, aurea condet  
saecula qui rursus Latio regnata per arua  
Saturno quondam...

A diferencia, pues, de lo que sucede en su égloga cuarta, en la *Eneida* Virgilio presenta a Augusto explícitamente como el causante de la llegada de la Edad de Oro. Estamos, probablemente, en torno al año 22 a.C.: hace ya años, pues, de Accio, y el poder de Roma se consolida, por lo demás, entre los pueblos más rebeldes del Imperio<sup>8</sup>. Suetonio (*Tib.* 59) nos regala un testimonio precioso para esta pequeña historia de los *conditores aureorum saeculorum*: de entre los versos que se compusieron contra Tiberio, recoge un dístico elegíaco verdaderamente impagable:

Aurea mutasti Saturni saecula, Caesar:  
incolumi nam te ferrea semper erunt,

de donde se sigue que antes de que llegara al poder supremo, es decir, en tiempos de Augusto, Roma vivió realmente — en la ficción de la propaganda o en la voluntariosa imaginación de los convencidos — esos *saecula aurea*. En el *Ars amatoria* de Ovidio, cuyos dos primeros libros suelen datarse entre el año 1 a.C. y el 1 d.C., se lee una alusión irónica a los siglos áureos de Augusto. Recreando el tópico del poder del dinero en el amor («dummodo sit diues, barbarus ipse placet»: *Ars* II 276), hace una referencia ocurrente sobre la aplicación de tal tó-

*turnia regna*, VI), in K.H. KINZL (ed.), *Greece and the Eastern Mediterranean in ancient history and prehistory. Studies presented to Fritz Schachermeyr on the occasion of his eightieth birthday*, Berlín y Nueva York 1977, 1-30; ID., 'Redeunt Saturnia regna'. VII. *Frugifer-Triptolemos im ptolemäisch-römischen Herrscherkult*, «Chiron», 9 (1979), 553-606, próximos en última instancia al libro clásico de ED. NORDEN, *Die Geburt des Kindes. Geschichte einer religiösen Idee*, Leipzig 1924 [= Stuttgart 1969]. Sin embargo el *puer* de la cuarta égloga no puede — como quiere Alföldi — comprenderse como una representación de Júpiter niño que, al parecer, sería típica de toda esa tradición en la que se inserta el *Saeculum Frugiferum*: Virgilio da demasiadas precisiones sobre la identidad de su niño. (Tres cuartos de lo mismo puede decirse, en general, de las imágenes que encontramos en la pintura, en la escultura y en la decoración: exclusivamente para la época de Augusto es interesante el libro de P. ZANKER, *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid 1992 [1. ed. Munich 1987], 201-29).

<sup>8</sup> El año 22 a.C. suele darse como referencia segura para un estadio más o menos definitivo del libro sexto gracias al pasaje de la vida de Suetonio-Donato donde se menciona el desmayo que sufrió Octavia, la hermana de Augusto, al escuchar, en una recitación de este libro a cargo del propio Virgilio, la mención de su hijo Marcelo, entonces recientemente fallecido: «Cui tamen multo post [sc. de las guerras cántabras] perfecta quae demum materia tres omnino libros recitauit, secundum quartum sextum; sed hunc notabili Octaviae adfectione, quae cum recitationi interesset, ad illos de filio suo uersus 'tu Marcellus eris', defecisse fertur atque aegre fociata est» (124-29 Rostagni). Naturalmente, la labor de composición del libro sexto en concreto puede remontarse algunos años atrás con respecto a la fecha del año 22 a.C., aunque difícilmente más allá del 26 a.C.

pico en su propia época, haciendo que «aureus» se entienda aquí en un sentido bastante más prosaico que el que normalmente tiene en la iunctura «aurea saecula» (*Ars* II 277-78):

aurea sunt uere nunc saecula: plurimus auro  
uenit honos, auro conciliatur amor.

Es sabido, en efecto, que una de las imágenes favoritas de la propaganda proaugústea fue precisamente ésta de la Edad de Oro que llega a Roma de la mano de Octaviano: se encuentra, pues, tal y como se ha visto, en Virgilio y en alusiones más o menos veladas como las de Suetonio y Ovidio<sup>9</sup>. Si exceptuamos un pasaje del *De legatione ad Caium* de Filón de Alejandría, que se explica a la perfección como pervivencia más o menos automática del uso del tópico durante los tiempos de Augusto, sólo en época de Nerón volvemos a encontrarnos con una propaganda oficial basada, al menos en buena parte, en la identificación del *princeps* con los *aurea saecula*<sup>10</sup>.

Tras la muerte de Claudio, en octubre del año 54, Séneca se apresura a escribir su *Apocolocyntosis*, que contiene también — y casi en el comienzo mismo de la sátira — un saludo al nuevo siglo que inaugura el reinado de su discípulo Nerón. Haciendo intervenir a las Parcas — y recreando de este modo un detalle relativamente marginal en la égloga cuarta de Virgilio — presenta a Nerón como portador de un nuevo *saeculum aureum*: una vez que Cloto rompe el hilo de la vida de Claudio («*stolidae regalia tempora uitae*»), Láquesis extrae tramas nue-

<sup>9</sup> El otro texto de obligada referencia, no ya para la historia del tema de la Edad de Oro en la literatura romana, sino en relación precisamente con la égloga cuarta de Virgilio, es Hor. *Epod.* XVI: no lo he mencionado porque en él no se establece ninguna relación — al menos explícita — entre la llegada de la Edad de Oro y la presencia de algún notable. Ambos textos, sin embargo, están íntimamente unidos porque verosímelmente responden a una misma situación política o social: otra cosa es si entre ellos hay o no una relación de dependencia y, si la hay, cuál es la dirección en la que ésta se produjo. Por otro lado, no sé hasta qué punto puede decirse que este tópico se formule en Hor. *Carm.* IV 5, 17-24, en *Carm.* IV 15, 4 ss., o en el propio *Carmen saeculare* — puesto que se aducen las características, no el nombre, de una *aurea aetas* — pero es obvio que estos textos, ideológicamente, le pertenecen por completo. También para estas cuestiones — marginales para lo que aquí nos interesa — puede partirse del *status quaestionis* de BRIGGS, *A bibliography*, 1318 s., o de K. KUBUSCH, 'Aurea saecula': *Mythos und Geschichte. Untersuchung eines Motivs in der antiken Literatur bis Ovid*, Frankfurt a. M., Berna y Nueva York 1986, 151-54.

<sup>10</sup> Al comienzo del texto, donde se describe la prosperidad que la ascensión de Calígula al principado trajo consigo para todo el Imperio, señala Filón — en hipérbole tópica — que era tal la felicidad de aquellos tiempos que se creyó que la Edad de Saturno había dejado de ser una ficción de los poetas: τότε οὐ πλούσιοι πενήτων προύφερον, οὐκ ἔνδοξοι ἀδόξων, οὐ δανεισταὶ χρειστῶν, οὐ δεσπῶται δούλων περιήσαν, ἰσωνομίαν τοῦ καιροῦ δίδοντας, ὡς τὸν παρὰ ποιηταῖς ἀναγραφέντα Κρονικὸν βίον μηκέτι νομίζεσθαι πλάσμα μύθου διὰ τε τὴν εὐθηνίαν καὶ εὐετηρίαν τὸ τε ἄλυπον καὶ ἄφοβον καὶ τὰς πανουκίας δημοῦ καὶ πανδήμους μεθ' ἡμέραν τε καὶ νύκτωρ εὐφροσύνας, αἱ μέχρι μῆνων ἑπτὰ τῶν πρώτων ἀπαυστοὶ καὶ συνεχεῖς ἐγένοντο (II 13). De muy distinto género es una alusión al *aureum saeculum* que se encuentra en las *Controuersiae* de Séneca el Viejo (*Contr.* II 7, 7) y que admite, quizá, más de una lectura: un marido que cree haber sido engañado por su esposa al encontrar, a la vuelta de un viaje, que un comerciante de la vecindad le ha dejado a aquélla toda su herencia por no haber cedido a sus reiterados intentos de seducción, la denuncia por adulterio y, aludiendo a lo inverosímil del caso, señala ante el imaginario tribunal: «O nos nimium felici et aureo, quod aiunt, saeculo natos! sic etiam qui inpudicas quaerunt, pudicas honorant?». Séneca el Viejo nació el año 55 a.C.: su infancia transcurrió, pues, en tiempos de Julio César, y su juventud en los de Augusto.

vas de un vellón níveo — el hilo de la vida de Nerón — y sucede un prodigio ante el que las Hermanas quedan atónitas:

Mirantur pensa sorores:  
mutatur uilis pretioso lana metallo,  
aurea formoso descendunt saecula filo.

La rueca hila sola entre la felicidad de las Parcas y la asistencia de Apolo, que expresa su deseo de que este nuevo ser, tan semejante a él en todo, obtenga una vida más que humana («uincat mortalis tempora uitae | ille mihi similis uultu similisque decore»). Por si no hubiera quedado clara su responsabilidad en la llegada de los *aurea saecula*, Apolo insiste:

felicia lassis  
saecula praestabit legumque silentia rumpet  
\*\*\*  
talis Caesar adest, talem iam Roma Neronem  
aspiciet...

La dependencia del texto virgiliano es más que obvia: sin duda Séneca ha querido dejar patente que este excursus de su cruel sátira contra Claudio debe leerse con la égloga de Virgilio bien presente y, lo que es más importante, que debe leerse interpretando la égloga virgiliana como un saludo a la Edad de Oro que acompañará a la llegada de Augusto al poder. En mi opinión Séneca, con este pasaje de la *Apocolocyntosis*, marca — en su calidad indiscutida de *factotum* cortesano — el camino por el que quiere que discurra la propaganda oficial: es una lección para que los poetas áulicos comprendan cuál debe ser la dirección de sus alabanzas <sup>11</sup>. Y la lección consiste, simplemente, en señalar con el dedo la cuarta égloga de Virgilio o, mejor dicho, su única interpretación posible para cualquier hombre de letras de la época, para que, por un lado, se produzca un renacimiento de la poesía bucólica en su faceta de género ya probado en esconder más o menos decorosamente todo tipo de *laudes principis*, y para que, por otro lado, esta nueva poesía bucólica tome como modelo ideal la égloga cuarta de Virgilio, aprovechando así la identificación con Apolo, el motivo de la *aurea aetas* traída por el monarca y quizá no en menor medida la equiparación de Nerón con Augusto implícita en la imitación <sup>12</sup>. Las églogas políticas de Cal-

<sup>11</sup> Séneca es probablemente el primero que, explícitamente, hace de Virgilio el *maximus uates* de Roma, reivindicando y reconociendo en él justamente un concepto entusiástico de la poesía, y leyéndolo — de acuerdo con Francesco Della Corte — a través de una exégesis simbolista (F. DELLA CORTE, *Genesi e palinogenesi dell'allegoria virgiliana*, «Maia», 36, 1984, 111-22; G. MAZZOLI, *Seneca e la poesia*, Milán 1970, 215-32; Id., *Seneca*, in *Enciclopedia Virgiliana*, IV, Roma 1988, s. u.). Es un dato de cierta transcendencia a la hora de juzgar la verosimilitud de que este intenso renacimiento de la poesía bucólica dependa, en sus concepciones más importantes y *via* Séneca, de unas ideas y, sobre todo, unas fórmulas tan virgilianas como las de la cuarta égloga.

<sup>12</sup> V. LANGHOLF, *Vergil-Allegorese in den Bucolica des Calpurnius Siculus*, «RhM», 133 (1990), 350-70, pretende que en época de Nerón la cuarta égloga de Virgilio — junto con algunos pasajes de otras églogas — se interpretó como referida precisamente a Nerón y que Calpurnio Sículo siguió esta línea exegética. La teoría — ingeniosa y sustentada por una erudición correcta — resulta más complicada de lo que en este caso parece lícito: nada en las églogas de Calpurnio ni en las del manuscrito de Einsiedeln ni en ningún otro texto de la época induce a pensar que sus autores jue-



puenio Sículo — y muy especialmente la primera de la colección — responden a esta llamada de Séneca<sup>13</sup>: Calpurnio no sólo imita la égloga del *puer*, sino que se esfuerza en que tal imitación resulte patente y — aún más — en que su adhesión al modelo no deje lugar a dudas («Magna petis, Corydon, si Tityrus esse laboras», IV 64, etc.). Órnito y Coridón encuentran unos versos inscritos en el tronco de una haya: versos divinos — «nihil armentale» — que sin duda «deus ipse canit» (I 29), y en los que Fauno anuncia los nuevos tiempos (I 42-45, 63-65):

aurea secura cum pace renascitur aetas  
et redit ad terras tandem squalore situque  
alma Themis posito iuuenemque beata sequuntur  
saecula, maternis causam qui uicit Iulis

\*\*\*  
plena quies aderit, quae stricti nescia ferri  
altera Saturni referet Latialia regna,  
altera regna Numae...

Más claros, si cabe, son estos versos programáticos del comienzo mismo de la cuarta égloga calpurniana (IV 5-8):

Carmina iam dudum, non quae nemorale resultent,  
uoluimus, o Meliboeae; sed haec, quibus aurea possint  
saecula cantari, quibus et deus ipse canatur,  
qui populos urbesque regit pacemque togatam.

No sólo es evidente que se trata de un desarrollo de la égloga cuarta de Virgilio y del capítulo cuarto de la *Apocolocyntosis*, sino que también lo es la voluntad de Calpurnio de que tal deuda quede a la vista. El caso de la segunda égloga de los *Bucolica Einsidlensia*, que suele fecharse precisamente en torno al

---

guen — en serio o en broma, como astutamente advierte Langholf — con una concepción tal de los versos virgilianos en cuestión. A pesar de todo la admisión de la teoría de Langholf no implicaría en modo alguno — antes al contrario — renunciar a la hipótesis de la 'dirección' de la que, según he expuesto, fue objeto el tema de la *aetas aurea* y del *princeps* dios en la época de Nerón: bastaría con hacer decir a la *Apocolocyntosis* todo lo que Langholf propone.

<sup>13</sup> Tanto la *Apocolocyntosis* como la primera égloga de la colección de Calpurnio suelen fecharse — por lo general — en los primeros meses del reinado de Nerón, es decir, a finales del año 54 d.C. o a principios del 55 d.C. Encuentro necesario que la primera égloga de Calpurnio sea posterior a la *Apocolocyntosis*: mis únicos argumentos son, precisamente, los expuestos en el texto, y no conozco otros que permitan sostener lo contrario, si bien se observa en la bibliografía al uso cierta tendencia — nunca, por lo que sé, justificada ni, creo, intencionada — a hacer preceder a la *Apocolocyntosis* la primera bucólica calpurniana (propugna, en cambio, la prioridad de la sátira B. LUISELLI, *L'«Apocolocyntosis» senecana e la prima Bucolica di Calpurnio*, «A & R», 8, 1963, 44-52). A decir verdad, si se admite la proximidad temporal entre uno y otro texto, la cosa no tiene mayor importancia: si hablamos de una literatura cuando menos cercana a la propaganda política de la corte, parece verosímil que pudiera haber una fecha para ciertos allegados a los que interesaba distribuir cuanto antes el texto en cuestión y otra fecha posterior para la generalidad del público. Quizá deba también recordarse que últimamente se ha puesto en duda la pertenencia de Calpurnio a la época de Nerón: E. Champlin, E. Courtney, K.D. Ostrand y D. Armstrong han destacado en la defensa de esta hipótesis que, a pesar de todo, sigue siendo minoritaria y que, como es de imaginar, ha atraído a su vez las críticas de la parte tradicionalista (recientemente en boca de R. Verdière, J. Fugmann, J. Küppers, V. Langholf, K. Krautter, etc.) a la que — obviamente — me sumo.

año 55 d.C., es del todo equiparable al de Calpurnio Sículo, y entra por tanto a formar parte del mismo canon que los textos vistos hasta ahora <sup>14</sup>. En efecto, la parte central del poema recoge el lamento del pastor Mistes que, rizando el rizo, se queja, cual nuevo Escipión Nasica, de que la Edad de Oro que vive Roma pueda, de puro perfecta, degenerar a sus habitantes (*Buc. Eins.* II 23 s.):

Saturni rediere dies Astraeaque uirgo,  
totaque in antiquos redierunt saecula mores.

La dependencia con respecto a la cuarta égloga de Virgilio es, si cabe, aún más estrecha que la de cualquiera de los textos citados hasta ahora: su autor, sea quien fuere, puso tal empeño en mostrar su adhesión a la tradición del tópicos que consiguió — quién sabe si queriendo o sin querer — una verdadera caricatura: yo diría que no es en último lugar por esta razón por lo que hay quien discute si los *Bucolica Einsidlensia* van de bromas o de veras. A partir de entonces, el tema del *princeps* acompañado de los siglos áureos aparecerá, sí, un puñado de veces, pero siempre de un modo banal y — ahora de verdad — tópico, nunca con la intensidad y la convicción con que lo hizo en los tiempos de Augusto y de Nerón <sup>15</sup>. Vemos, pues, que la cuarta égloga de Virgilio es el punto

<sup>14</sup> La primera de las *Bucólicas Einsidlenses* es algo distinto: sin lugar a dudas pertenece también a esa poesía bucólica panegírica que — podría decirse — nace en época de Nerón sobre el modelo virgiliano, y, aún más, contiene lo esencial de las peculiaridades que definen esas otras églogas, pero sin embargo está un poco más alejada que la segunda de los versos de la *Apocolocyntosis* que se vienen comentando así como de la primera y cuarta églogas de Calpurnio Sículo. La cronología que hasta ahora ha propuesto la mayoría de quienes han tratado de la cuestión apoya absolutamente esta observación: en efecto, se tiende a datar la segunda en torno al año 55 d.C. y la primera entre 63 y 65 d.C. (el *status quaestionis* más reciente se leerá en C. MANDOLFO, *Sulla datazione dei Carmina Einsidlensia*, «Orpheus», 7, 1986, 1-20).

<sup>15</sup> En la literatura romana posterior — y atiéndase sobre todo al sustantivo — la referencia al emperador que trae un *saeculum aureum* se convierte, ahora sí, en un verdadero topos: como tal, queda desvitalizado y tiende a mostrarse casi sólo en la literatura explícitamente panegírica. Pasa a ser, simplemente, una posibilidad más del género, y aparece — cuando lo hace: son, a pesar de todo, habas contadas — de un modo mecánico que nada tiene que ver con lo visto para la época de Augusto y Nerón. La más temprana ocurrencia del tópico (a partir, obviamente, de la época de Nerón, y contando sólo con los casos que parecen más significativos para lo que aquí interesa) la encuentro en Estacio, *Sily.* I 6, 39 ss., donde, tras invocar a la Antigüedad, se la invita a comparar el «tempus aureum» y los «saecula antiqui Iouis» con la época de Domiciano (81-96): «I nunc saecula compara, Vetustas, | antiqui Iouis aureumque tempus: | non sic libera uina tunc fluebant | nec tardum seges occupabat annum». De la pretensión de Cómodo (176-192) de que su tiempo fuera denominado *saeculum aureum* sabemos por la *Historia Augusta* (*Commodus Antoninus*, XIV 3) y por Dión Casio (LXXII 15, 6), pero tales veleidades no se recogieron en prosa o verso que haya llegado hasta nosotros. En una estatua de Pescenio Níger (193-194) que podía contemplarse, según cuenta la *Historia Augusta* (*Pescennius Niger*, XII 6), en su casa de Roma, estaban inscritos unos versos que comenzaban así: «Terror Aegyptiaci Niger astat militis ingens, | Thebaidos socius, aurea saecula uoluens». Probo (276-282) anunció en alguna ocasión que, en breve, no serían necesarios los soldados porque no habría guerras de ningún género, ni habría falta de anonas, ni habría más impuestos: «aureum profecto saeculum promittebat», al decir de la *Historia Augusta* (*Probus*, XX 5 y XXIII 2). En la *Laudatio in Gratianum Augustum* de Símaco, del 25 de febrero del año 369 d.C., se alude simultáneamente al topos y a la égloga virgiliana: «si mihi nunc altius euagari poetico liceret eloquio, totum de nouo saeculo Maronis excursum uati similis in tuum nomen excriberem; dicerem caelo redisse Iustitiam et ultro uberes fetus iam grauidam spondere naturam [...] et uere, si fas est praesagio futura conicere, iam dudum aureum saeculum currunt fusa Parcarum» (III 9 Seeck). Hacia finales del siglo IV (post 388 d.C.) una inscripción sobre la puerta áurea de Constantinopla nos ha

de referencia explícito e ineludible de una cierta tradición — que se muestra principalmente en dos momentos bien delimitados en la historia de Roma — según la cual se asocia el advenimiento de los *saecula aurea* míticos con la presencia del *princeps* y, lo que es más importante, una tradición que se esfuerza en mostrarse lo más claramente posible como la versión actual de aquel prototipo en el que la Edad de Oro romana aparecía de la mano del *optimus princeps* por excelencia. Todo lo cual dice mucho — sin ser, bien es verdad, un argumento concluyente — a favor de que también el texto que los recreadores del tópico reivindican como dechado se interprete del mismo modo que los de sus epígonos<sup>16</sup>.

## 2. Νέος Ἀπόλλων

Los elementos comunes a la cuarta égloga, a la *Apocolocyntosis*, a la colección de Calpurnio Sículo y a la pareja de Einsiedeln nos ofrecen otra pista más: la presencia de Apolo en cada uno de estos textos, que no viene exigida por ninguna condición implícita en el mito de la Edad de Oro en su versión hesiódica ni — en rigor — en ninguna otra versión, contribuye una vez más a despejar una de las incógnitas de la égloga virgiliana<sup>17</sup>. Si en Séneca, Calpurnio y el anónimo el *saeculum aureum* es igual a Apolo y éste a su vez lo es a Nerón, el Apolo y la *aetas aurea* virgilianas equivaldrán, naturalmente, a Augusto. En efecto, el *puer* y Apolo — el de IV 10, no el de IV 57, cuya función es completamente banal — son dos caras de lo mismo o, por lo menos, Virgilio nos brinda la po-

---

conservado dos hexámetros en los que se presenta a Teodosio (379-395) como «aurea saecula gerens»: «Haec loca Theodosius decorat post fata tyranni. | aurea saecula gerit, qui portam construit auro» (CIL, III 735 = *Anth.* 285 Buecheler). También Claudiano (*In Rufinum* I 372-87) echa mano del tópico — en su versión más puramente virgiliana — para alabar a Honorio (395-423): «iamque aderit laeto promissus Honorius aevo... | tum tellus communis erit, tum limite nullo | discernetur ager; nec uomere sulcus adunco | findetur...». Desde fuera del ámbito literario romano — aunque resulta un dato de interés para éste — Dión Casio (LXXI 30, 4) califica la época de Marco Aurelio (161-180) como Edad de Oro, y la de Cómodo (176-192) como Edad de Plata (y cuenta también — LXXII 15, 6 — que el propio senado decidió que el tiempo de Cómodo se denominara Edad de Oro). Esta lista puede completarse — aunque no son muchos los pasajes que quedan por mencionar — con B. GATZ, *Weltalter, goldene Zeit und sinnverwandte Vorstellungen*, Hildesheim 1967 [Spudasmata, 16], 138 s.; también puede verse, siempre sobre la historia del topos, KUBUSCH, 'Aurea saecula', ya citado, que sólo llega hasta Ovidio; algo desangeladamente J. TUMOVÁ, *Antike Bearbeitung des Mythos von den vier Zeitaltern*, «GLO», 6 (1974), 3-46; o también el artículo «aureus», *ThLZ*, II, 1490, además de muchos de los ítems más generales citados a lo largo de este trabajo.

<sup>16</sup> Una exposición más sosegada de esta hipótesis sobre la *Apocolocyntosis*, Calpurnio Sículo y las dos bucólicas de Einsiedeln se encontrará en I. RUIZ ARZALLUZ, *La poesía bucólica en época de Nerón: lectura virgiliana, ideología senequiana y propaganda imperial*, «Veleia», 10 (1993), 265-88.

<sup>17</sup> La relación de Apolo con el mundo pastoril, recurrente de diversas formas en la literatura grecolatina, nada tiene que ver con esta presencia tan sospechosamente remarcada tanto en la bucólica virgiliana como en la de época de Nerón (no así, por cierto, en la griega). Naturalmente, no todos convendrían en esto: encuentro especialmente clara y significativa la opinión de L. HERRMANN, *Les masques et les visages dans les Bucoliques de Virgile*, Bruselas 1930, 72: «Si Apollon est mentionné dans la IV<sup>e</sup> Bucolique avec Lucine [...] ce n'est ni comme dieu spécial d'une famille ni comme dieu d'un âge, mais comme dieu de la poésie que fera reflourir l'âge d'or. Le v. 10 n'a pas plus de valeur que les vers 56 et 57 où Apollon est de nouveau cité, sans qu'on puisse cette fois nier son caractère purement littéraire» (las cursivas son de Herrmann; préstese atención a la referencia sobre los versos IV 56 s. y cf. las líneas que siguen a la llamada de esta nota).

sibilidad de entenderlo así <sup>18</sup>. Multitud de fuentes nos informan de que Augusto siempre gustó de identificarse con Apolo y de que la propaganda oficial se sirvió en numerosas ocasiones de esta ecuación. Es hasta cierto punto indiferente (v. *supra* n. 7) si la propaganda prooctaviana identifica a Augusto con Apolo aprovechando la equivalencia entre Αἰών y Apolo, aludiendo a la doctrina etrusca sobre la sucesión de los siglos o echando mano de cualquier otro elemento funcionalmente similar: el hecho es que se utilizó tal identificación y que venía haciéndose desde época muy temprana <sup>19</sup>. La encontramos en la égloga cuarta de Virgilio, en Horacio — empezando por el *Carmen saeculare* — y en multitud de noticias bien conocidas que biógrafos e historiadores posteriores nos han dejado. Suetonio dice haber leído en Asclepiades de Mendes la siguiente historia (que también recoge Dión Casio, XLV 1): Acia, la madre de Augusto, asistiendo una noche a una ceremonia solemne en honor de Apolo, hizo colocar su litera en el templo y, al quedarse dormida cuando las demás matronas se fueron a sus casas, «draconem repente irrepsisse ad eam pauloque post egressum»; al despertarse, se purificó «quasi a concubitu mariti» y «mense decimo» nació Augusto, que «ob hoc Apollinis filium existimatum»; durante la gestación Octavio, el padre, soñó que del vientre de Acia salía el resplandor del sol (Suet. *Aug.* XCIV). Cuenta también Suetonio que precisamente el año 40 a.C. estuvo en boca de la gente cierta cena secreta — una *cena δωδεκάθεος* — en la que los invitados iban vestidos de dioses: sus fuentes parecen poner interés en señalar que Augusto estaba disfrazado de Apolo (Suet. *Aug.* LXX). A raíz de este mismo hecho hubo algún malicioso que dijo «Caesarem esse plane Apollinem, sed Tortorem», ya que en alguna parte de la Ciudad Apolo se veneraba con ese sobrenombre (Suet. *ib.*) <sup>20</sup>. Por otro lado, para ningún lector resulta obvia o banal la

<sup>18</sup> Quisiera insistir sobre este punto. «Tuus iam regnat Apollo» (IV 10) no tiene por qué entenderse necesariamente, en el revuelto de presentes y perfectos de nuestra égloga, como un equivalente a «reget... orbem» (IV 17): puede, en efecto, verse de ese modo — y, como he señalado en el texto, Virgilio pone los medios para ello —, pero puede pensarse también en una alusión más a la llegada de la «última Cumaei... carminis aetas» (IV 4). A decir verdad, las dos cosas son, en última instancia, la misma, pues ambos hechos se equiparan a la llegada del *puer*, o sea, de Augusto. Véase al respecto el Apéndice III.

<sup>19</sup> Igualmente indiferente es — de momento — si el proceso fue el inverso, es decir, si la identificación de Augusto con Apolo es consecuencia de una ecuación previa entre Augusto y el advenimiento de la Edad de Oro (véase al respecto la nota 7 y la bibliografía que, de modo meramente representativo y orientativo, se da en ella). Tengo la impresión de que cualquier intento de dilucidar la cuarta égloga partiendo exclusivamente de las vaguísimas noticias que tenemos sobre los mitos y símbolos de los que tratan Norden, Alföldi y los demás está condenado — a cambio de su capacidad de seducción — a quedar en una nebulosa: el hecho de que los textos apenas reflejen todo ese mundo, sin ser un impedimento para su verosimilitud, no puede sin embargo dejar de suscitar fuertes reticencias.

<sup>20</sup> También otras fuentes apuntan a una identificación con Apolo tan temprana que ya en Filipo tendría que haber sido algo bien conocido por amigos y enemigos: Bruto, de acuerdo con aquéllas, habría padecido algún presagio en el que se le mostraba a Augusto como Apolo, y él mismo habría propuesto como señal de ataque la palabra *Apollo* (Plut. *Brutus* XXIV; App. *Civ.* IV 134; Val. Max. I 5, 7). A. Schenk von Stauffenberg, que también se detiene en esta identificación de Augusto con Apolo, hace un par de observaciones interesantes sobre la verosimilitud de que se haya producido precisamente en los primeros años de su vida política: «Der Gedanke scheint mir keineswegs abwegig, dass Caesar damals eine Selbsterhöhung und -vergottung als véος Ἀπόλλων im Auge gehabt hat. Es würde zu der damaligen Gesamthaltung des jungen Caesar passen, der — ähnlich Goethe — eine ganz andere Gestalt, ein anderes Menschenbild verwirklicht zu haben scheint als

invocación a Apolo de *Ecl.* IV 8-10: «Tu modo nascenti puero... casta, faue, Lucina: tuus iam regnat Apollo». La mayor parte de los comentaristas modernos ha acogido una confusa noticia del Servio danielino según la cual algunos antiguos creyeron en una Edad presidida por Apolo que precedía a la Edad de Oro de Saturno. Pero también se lee en Servio lo siguiente: «quidam hoc loco 'casta faue Lucina, tuus iam regnat Apollo' Octauiam sororem Augusti significari adfirmant ipsumque Augustum Apollinem»; a continuación se añaden dos explicaciones en cierto modo contradictorias: «ultimum saeculum ostendit, quod Sibylla Solis esse memorauit. et tangit Augustum, cui simulacrum factum est cum Apollinis cunctis insignibus». La glosa de la segunda redacción de la *Explanatio in Bucolica Vergilii* de Junio Filargirio es algo más que significativa: «TVVS APOLLO idest Augustus» (la primera reza así: «APOLLO idest Caesar»). Los *Scholia Bernensia* no andan lejos: «Tuus, o Diana, iam regnat Apollo, quia dixerunt Apollinem quandoque regnaturum, qui frater Dianae putabatur, uel per Apollinem Caesarem uult intellegi»<sup>21</sup>.

Séneca supo explotar — y hacer explotar — esta mención de Apolo en la cuarta égloga, lo que, sin ser — una vez más — concluyente respecto al significado de la invocación virgiliana, resulta muy significativo<sup>22</sup>. Si parece indiscuti-

---

der später entsagende, massvoll gewordene Augustus» (A. SCHENK VON STAUFFENBERG, *Vergil und der augusteische Staat*, in H. OPPERMAN, hrsg., *Wege zu Vergil. Drei Jahrzehnte Begegnungen in Dichtung und Wissenschaft*, Darmstadt 1976, 177-98, 186 [= *Die Welt als Geschichte*, 9, 1943, 55-67 e Id., *Dichtung und Staat in der antiken Welt*, Munich 1948, 5-26]). Observaciones interesantes en este mismo sentido se encontrarán en R. RIEKS, *Vergils Dichtung als Zeugnis und Deutung der römischen Geschichte*, in *ANRW*, II, 31.2 (1981), 728-868, en la bibliografía que ahí se cita, y en E.H. HAIGHT, *An 'inspired message' in the Augustan poets. The Apollo cult, the Sibyl and the imperial theme*, «*AJPh*», 39 (1918), 341-66, que está muy acertada — a mi juicio — en sus consideraciones sobre el modo en el que Augusto difundió la idea de su identificación con el dios y sobre la recuperación, para la visión de la historia fomentada por los Césares, del papel de la sibila y del culto del propio Apolo. Por otro lado, y aunque la figura de Apolo no se mencione en él para nada, no parece ajeno a todo esto el testimonio de Cicerón recogido por Suetonio (*Aug.* XCIV), que nos sirve sobre todo — para lo que aquí más interesa — como indicio de ese halo divino y sobrenatural que rodeó a Octavio en época tan temprana como puede ser al año 48 a.C. (cf. F. ALTHEIM, *Römische Religionsgeschichte*, Berlín y Leipzig 1931-1933, III, 28 ss. y 42 ss.; L.R. TAYLOR, *The divinity of the Roman emperor*, Connecticut 1931; v. también *infra* n. 38).

<sup>21</sup> Esencialmente lo mismo se encuentra en la glosa de Filargirio a *Ecl.* IV 4 rec. I: «Virgilius Apollinem declarat, quoniam et Lucinam dicit, quae eius est soror, uel subtiliter Augustum dicit». En los *Scholia Bernensia* (*Ecl.* IV 4) se lee también esto: «Hoc sequitur Virgilius regnum, quod posteritatem significat, et ad Apollinem pertinere ait, et in honorem Caesaris, quia Apollinem se Augustus uult accipi».

<sup>22</sup> Es más que probable que Séneca y sus contemporáneos tuvieran otras referencias — literarias o no — en las que viniera dada esa identificación con Apolo, de modo que la relevancia en este punto de la cuarta égloga — y de la primera — pudiera no ser tan clara como debe suponerse hoy, a la vista tan sólo de los textos que se nos han conservado. Aun así, parece necesario contar con la égloga virgiliana como posible fuente para la presencia de Apolo en estos pasajes, sobre todo si se tiene presente el hecho de que las alusiones al dios vienen siempre contenidas — hablo, obviamente, de estos textos de Séneca y compañía — en un envoltorio inequívocamente virgiliano. Lo cierto es que no tenemos nada que nos haga pensar que entre Virgilio y Séneca existiera una tradición panegirica específica y obligada para los Césares y que contuviera como tópicos la equiparación del emperador con un *deus*, su calificación de *iuuenis* y — sobre todo — su identificación con Apolo. Otra cosa es que se trate, hasta cierto punto, de calificativos más o menos previsibles en determinados casos — y pienso casi sólo en Calígula — o que, por lo que hace concretamente al hecho de que se aluda al emperador calificándolo de 'dios', nos los encontremos también, en contextos muy bien definidos, incluso para Tiberio y Claudio, tan poco amigos de esta clase de propaganda. Precisamente



ble que desde época muy temprana la identificación entre Augusto y el dios fue parte de la propaganda del régimen, la equiparación de Nerón con Apolo — verosímilmente por las mismas razones y una más: la de asimilarse, también en eso, a Augusto — se utilizó hasta el ridículo. Sigamos la cronología que considero más verosímil<sup>23</sup>. En la *Apocolocyntosis* — punto de partida, en mi opinión, de toda esta literatura — la identificación viene a ser sospechosa de puro obvia: Apolo no sólo asiste diligentemente al trabajo de las Parcas, ocupadas en hilar los siglos áureos, y las entretiene con su canto y su música y ayuda en las tareas del hilado, sino que también expresa un breve juicio sobre aquél de cuya vida se ocupan en ese momento: «ille mihi similis uultu similisque decore | nec cantu nec uoce minor». En la cuarta égloga de Calpurnio Sículo hay un puñado de alusiones que deben entenderse — y así lo ha hecho la mayoría de los exegetas — a partir de la identificación entre Apolo y Nerón: bajo el nombre de Coridón parece que ha de verse a Calpurnio, tras Melibeo quizá haya que leer Séneca, Calpurnio Pisón o, en cualquier caso, alguien no ajeno al mundo de las letras y cercano al emperador, y por Apolo, como ya se ha dicho, el propio Nerón. En dos ocasiones se menciona el hecho de que Apolo no desprecia los versos de Melibeo: «Dulce quidem resonas, nec te diuersus Apollo | despicit...» (IV 9 s.), y «Est, fateor, Meliboeae, deus: sed nec mihi Phoebus | forsitan abnuerit; tu tantum commodus audi: | scimus enim quia te non aspernatur Apollo» (IV 70-72). Otras dos veces las referencias a Apolo son menos explícitas: «Me quoque facundo comitatus Apolline Caesar | respiciat...» (IV 87 s.), donde parece que debe entenderse que el *princeps* está acompañado de Apolo a modo de un *alter ego* y, casi al final de la égloga y dirigiéndose siempre a Melibeo, «Nam tibi fas est | sacra Palatini penetralia uisere Phoebi» (IV 158 s.), verso en el que la ambigüedad está buscada a propósito. La égloga séptima termina con un lamento de Coridón, que viene de Roma de presenciar un espectáculo al que ha asistido el propio emperador: si su aspecto y su vestimenta no fueran tan rústicos habría podido ver de más cerca a su divino César; tuvo que conformarse, pues, con verlo de lejos: «ac nisi me uisus decepit, in uno | et Martis uultus et Apollinis esse putauit» (VII 83 s.). Similares o, si cabe, más llanas son las alusiones que se encuentran en los *Carmina Einsidlensia*. En el primero de los dos poemas el anónimo duda entre identificar a Nerón con Júpiter o con Apolo: «fas mihi sit uidisse deos, fas prodere mundo. | seu caeli mens illa fuit seu solis imago, | dignus utroque (deo) stetit ostro clarus et auro | intonuitque manu. talis diuina potestas...» (*Buc. Eins.* I 26-29), por no mencionar ese famoso «hic uester Apollo est!» (*ib.* 37), al que sigue una probable referencia a los *Troica* nero-

por eso — es decir, porque falta, en la medida en que podemos saberlo, una verdadera tradición de ese tipo — es significativo que Calpurnio, a la hora de hacer valer estos presuntos tópicos, se sirva pedisecuamente de la expresión virgiliana: no lo entiende así, en cambio, LANGHOLF, *Vergil-Allegorese*, 359 s., que constata el hecho sorprendido; tiene razón, en cambio, cuando afirma (*ib.*) que «wenn Calpurnius in dem Zusammenhang Nero als deus bezeichnet, so ist das zwar konventionell im Rahmen der Nero-Verehrung, andererseits aber eine Reminiszenz an Vergils 1. Ekloge und eine allegorische Ausdeutung der Ekloge».

<sup>23</sup> Sobre la propaganda oficial que pretendía hacer ver en Nerón un segundo Augusto puede leerse, además de Suetonio y Tácito, E. CIZEK, *La Roma di Nerone*, Milán 1986 [trad. it. de París 1982], 82-84 o M.T. GRIFFIN, *Nero. The end of a dynasty*, Londres 1984, prácticamente *passim*. Para las cuestiones cronológicas que esto plantea véase la nota 13.

nianos, etc. En el segundo fragmento del manuscrito de Einsiedeln las cosas no son de otro modo: la relativamente larga exposición de Mistes, en la que se lamenta de la relajación espiritual que pueda acarrear consigo una Edad de Oro tan perfecta como ésta, se cierra — y con ella el texto conservado — con la repetición literal de Virgilio, *Ecl.* IV 10: «casta, faue, Lucina, tuus iam regnat Apollo!». No interesa tanto — de puro evidente que es — lo que la presencia de este verso aporta a nuestra interpretación de toda la égloga, sino lo que implica en relación a la lectura del verso virgiliano original: una vez más, el *Fortleben* de la cuarta égloga nos sugiere — casi, siquiera en el caso de la bucólica neroniana, nos impone — una forma determinada de entender los versos del Mantuano.

El hecho de que los elementos simbólicos de la égloga cuarta coincidan con los de los usos sucesivos de la identificación de la Edad de Oro con la llegada de un nuevo *princeps* no prueba, en rigor, que haya que entender el texto de Virgilio del mismo modo en que se entienden los demás, ya que es el primero de todos ellos y bien pudiera haber sido mal interpretado voluntaria o involuntariamente. No es, sin embargo, un indicio despreciable que piezas presumiblemente cruciales de la égloga virgiliana aparezcan con aspecto y función idénticos en textos que se presentan explícitamente como epígonos de aquél.

### 3. *Augustus puer*

Volvamos ahora a Virgilio y leamos una vez más su cuarta égloga. Nos debe poner alerta el hecho de que se nos den algunos datos — pocos y no tan claros como quisiéramos, cierto, pero se nos dan — sobre la filiación y naturaleza del *puer*. En efecto, nuestro niño, tal y como se nos pinta, parece ser de estirpe divina: al fin y al cabo, «deum uitam accipiet» (IV 15), y es también «magnum Louis incrementum» (IV 49), sin olvidar la relación que todo esto pueda tener con «tuus iam regnat Apollo» (IV 10)<sup>24</sup>; pero, sobre todo, su padre es hombre de pasado glorioso: posee virtudes dignas de ser imitadas por el hijo (IV 17) y es héroe de hazañas ya cantadas (IV 26); el niño, en fin, sea o no él mismo en persona quien traiga al mundo la Edad de Oro, será quien lo rija («reget orbem»: IV 17) y llevará a cabo — ¿o lo ha hecho ya? — acciones que merecerán escribirse (IV 53 s.). Que el niño sea de estirpe divina puede parecer, a simple vista, una mera hipérbole poética: si hablamos de quien «reget orbem», si Augusto — sea cual sea, por el momento, su relación con el niño — no anda lejos, y si recordamos la invocación a Apolo — con todo lo que podía evocar a los romanos y con lo que sabemos que, de hecho, evocó a los de la época de Augusto y Nerón —, entonces cuesta creer que el carácter divino sea un atributo escogido a la ligera: la divinización de Julio César decretada en 42 a.C., seguramente dos años antes de que Virgilio escribiera esta égloga, no fue un acto sin

<sup>24</sup> Sobre «ille deum uitam accipiet...» (IV 15) véase más arriba la nota 6 y los *status quaestio- nis* ya citados. Es digno de mencionarse el caso de F. RIBIZZO, *Millenario cumano e messianismo cesareo nella IV egloga di Virgilio*, «Rivista indo-greco-italica», 14 (1930), 137-74, 151 ss. y 171, que también quiere ver a Augusto tras ese *ille* pero en cambio sostiene — de un modo, a mi juicio, imposible — que el *puer* es un sujeto distinto, especie de personificación del *saeculum*, de la *noua progenies*, «una personificazione necessaria al poeta per rimanere nel genere» (*ib.* 146 *et alibi*).

trascendencia <sup>25</sup>. Y nuestro *puer* será, pues, quien domine el mundo: no hablamos de conceptos más o menos abstractos — Roma, el pueblo romano, la Edad de Oro, Saturno o Apolo — sino de un niño sobre cuya identidad se nos dan algunos datos no sin intención; tampoco estamos en los tiempos de la vieja República, en los que una alusión al dominio del mundo podía, quizá, entenderse de forma muy distinta: estamos, muy probablemente, a finales del año 40 a.C., cuando el enfrentamiento entre Marco Antonio y Octaviano, intermitentemente soterrado, es el centro de la vida política y militar de Roma y, además, tiene un antecedente perfectamente equiparable y suficientemente cercano en la guerra entre Pompeyo y César. No es, pues, época para bromear sobre quién va a regir el mundo <sup>26</sup>. Resulta increíble que Virgilio haya cometido el error de apostar por uno u otro hijo de Asinio Polión, quien, al fin y al cabo, estaba en un segundo plano, por muy cónsul que fuera y por mucho que la égloga vaya dedicada a él <sup>27</sup>; más improbable aún es que Virgilio — *motu proprio*, porque no es, ni en-

<sup>25</sup> La divinización de Julio César — que, aunque decretada oficialmente por los triunviros en el año 42 a.C., era ya un hecho al menos desde el 45 a.C., cuando empiezan a dedicársele templos y se instaura el *mensis Iulius* — afectó también al joven Octavio desde el momento mismo de su adopción: lo testimonia, entre otros, Cicerón, que con frecuencia — del mismo modo que sucedía con Gayo Julio antes, como vengo diciendo, de su muerte — le califica, a él o a sus cualidades, de *diuinus* (cf., por ejemplo, *Phil.* III 3, IV 3, V 23 y sobre todo 43, VII 10, XII 15, XIII 19, o XIII 46; véase, además, H. WAGENVOORT, *Virgil's fourth eclogue and the 'sidus Iulium'*, in *Id.*, *Studies in Roman literature, culture and religion*, Leiden 1956, 1-29, 18 s. [= *Vergils vierte Ekloge und das 'sidus Iulium'*, «Mededeelingen der Koninklijke Akademie van Wetenschappen, Afdeling Letterkunde», 67, A, 1, 1929, 1-37]; sobre los honores que se le tributan al dictador incluso antes de su muerte, léase *App. Civ.* II 106 s., 144, 148 *et alibi*). Por lo demás el propio Virgilio rinde ya culto a Octaviano en la primera égloga, aunque bajo el velo de la alegoría, con el famoso «*deus nobis haec otia fecit. | namque erit ille mihi semper deus, etc.*» (*Ecl.* I 6 s.). Sobre algunos honores muy significativos que se le rinden a Octaviano en los años inmediatamente anteriores al 40 a.C. resulta especialmente concordante con la tesis que quiero mantener ZANKER, *Augusto y el poder de las imágenes*, 54-102.

<sup>26</sup> Cf., en este mismo sentido, RIBEZZO, *Millenario cumano e messianismo cesareo*, 148. Parece, en efecto, evidente que no era momento para bromas o ambigüedades al respecto. Por lo demás, no faltaban antecedentes: recuérdese — no es más que un ejemplo — el caso relativamente reciente de aquel P. Cornelio Léntulo, uno de los cabecillas de la conjuración de Catilina, miembro de la más rancia aristocracia romana y ex cónsul, que actuó convencido de que los oráculos sibilinos lo designaban para restituir la monarquía («*Lentulum autem sibi confirmasse ex fati Sibyllinis haruspicumque responsis se esse tertium illum Cornelium, ad quem regnum huius urbis atque imperium peruenire esset necesse; Cinnam ante se et Sullam fuisse; eundemque dixisse fatalem hunc annum esse ad interitum huius urbis atque imperii, qui esset annus decimus post uirginum absolutionem, post Capitolii autem incensionem uicesimus*», *Cic. Catil.* III 4, 9). Recuérdese, por otro lado, que fue Augusto quien, tan pronto como se hizo con el pontificado máximo, puso no poco empeño en quemar todas las colecciones de profecías, tanto griegas como latinas, que fue capaz de requisar («*supra duomilia*», según *Suet. Aug.* XXXI 1), dejando sólo los libros sibilinos, pero haciendo también con éstos una selección previa en la que es de suponer que entrarían más factores que una mera *Echtheitsfrage*. En fin, no deja de ser sintomática la anécdota — que nos remonta, por cierto, al año 41 a.C. — según la cual castigó desmesuradamente a los habitantes de Nursia por haber elevado un monumento en memoria de los caídos ante Módena en el que se leía una inscripción que decía «*pro libertate eos occubuisse*» (*Suet. Aug.* XII 2).

<sup>27</sup> El hecho de que la égloga vaya dedicada a Polión — a quien, en principio, habría que etiquetar como 'antoniano' — no significa, en este sentido, absolutamente nada. Por un lado, la posición política de Polión durante estos años se caracteriza por su volubilidad y su oportunismo y, algo más tarde, cuando la ruptura entre Antonio y Octaviano es definitiva, él se declara neutral y se retira de la política. Tiene razón E. BICKEL, *Politische Sibylleneklogen. Die Sibyllenekloge des Consulars Piso an Nero und der politische Sinn der Erwähnung des Achilles in der Sibyllenekloge Vergils*,

tonces ni después, un poeta áulico en el sentido estricto — haya querido correr el riesgo de equivocarse lamentablemente nombrando él al sucesor de quien era ya entonces el verdadero señor de Roma y de Italia: la relativa sorpresa que supuso el testamento de Julio César al nombrar como heredero a Octavio haría que cualquiera aprendiera la lección de los nuevos tiempos. Considero imposible que en un momento en el que Roma está sumida en una guerra civil de varios frentes — y en el que el sistema sucesorio tiene, obviamente, un único antecedente y éste aún no del todo seguro — Virgilio pueda pensar en el heredero del que, a su juicio, era entonces caballo ganador: bastante tenía con tomar partido por uno de los candidatos. Y cuánto más grotescas no resultan tales hipótesis si pensamos en lo incierto, no ya — como vengo diciendo — de la situación del propio Augusto, sino de la sucesión de éste: ¿qué sentido podía tener proponer, por ejemplo, a Marcelo — que ni siquiera era hijo de Augusto — sobre todo cuando Octaviano contaba sólo con veintitrés años? Escribir algo como la égloga cuarta para el *nasciturus* que estaba en camino — y que resultó ser Julia — era una imprudencia para cualquier hombre de sentido común: una vez escrito y divulgado, si el niño deseado resultaba ser niña — y, por augustos que fueran los progenitores, había las mismas probabilidades para lo uno que para lo otro —, la humillación del padre era segura. Sostengo, pues, que es inverosímil que Virgilio identificara al *puer* de la cuarta égloga no ya con éste o aquél recién nacido, sino con ningún niño, pero creo también que, puesto que se nos proporcionan indicios claros aunque hoy insuficientes, el *puer* no es un símbolo puro, sin ningún sostén en la vida política de la época: el niño sólo puede ser Augusto<sup>28</sup>. Es, en efecto, inverosímil que Virgilio se refiera como lo hace al padre del

«RHM», 97 (1954), 193-228, 221, cuando afirma que Virgilio no se dirige «dem 'Antonianer' Pollio... sondern dem für Caesar zu gewinnenden Pollio» (también está en lo cierto — o al menos se acerca a un buen análisis del problema — cuando culpa al libro de Norden de la importancia que se ha dado a la dedicatoria de la égloga «al 'antoniano' Polión»). Por otro lado, la dedicatoria está quizá mejor justificada de lo que suele pretenderse precisamente porque la égloga versa, al menos en parte, sobre una profecía que se cumplirá el año del consulado de Polión: véase a este respecto lo que afirmo en el párrafo conclusivo sobre el modo en que, presumiblemente, se concibió la égloga. Quiero insistir en que no debe pasarse por alto la ambigua actitud de Polión durante los agitados años anteriores a su retirada de la política en 39 a.C., tal y como parece poder deducirse de las famosas cartas a Cicerón así como de algún otro documento de la época: no se ajustaría a la verdad, por tanto, identificarlo exclusivamente como proantoniano a secas o, como suele hacerse, como proantoniano en oposición a prooctaviano. La anécdota que cuenta Macrobio sobre los *fescenninos* escritos por Augusto contra Polión dicen más a favor de una relación más o menos sostenible que a favor de una abierta enemistad («temporibus triumviralibus Pollio, cum fescenninos in eum Augustus scripsisset, ait: 'at ego taceo. non est enim facile in eum scribere qui potest proscribere'», *Macr. Sat.* II 4, 21). Ahora puede extraerse un estado de esta cuestión de G. MASSA, *Pollione a Cicerone: le epistole del 43 a.C. come testimonianza di un ideale politico*, «Athenaeum», 91 (1993), 499-515, donde, como digo, se aduce la bibliografía más relevante al respecto, o de M. PAVAN - F. DELLA CORTE, *Pollione*, in *Enciclopedia Virgiliana*, IV, Roma 1988, s. u.; también contra la imagen de Polión como enemigo de Augusto A.B. BOSWORTH, *Asinius Pollio and Augustus*, «Historia», 21 (1972), 441-73; sobre la naturaleza de la dedicatoria a Polión siguen siendo interesantes las observaciones de KUKULA, *Römische Säkularpoesie*, 74 s., y lo son también sus reflexiones sobre la necesidad de que la égloga se refiera a Octaviano (*ib.* 77-90). Pero sobre las relaciones entre Polión y Augusto — igual que sobre otras muchas cosas de la esta época — nada como la lectura de Apiano (*Civ.* III 81 *et alibi*).

<sup>28</sup> Sobre la relación de Virgilio con Augusto en los años en que escribe las *Bucólicas* se ha discutido mucho desde la Antigüedad hasta nuestros días. Lo cierto es que, por un lado, ningún da-

*puer* y al propio *puer* si éste no es el Octaviano de carne y hueso que acaba de pactar la paz de Brindis y de la que ha salido, *de facto*, como dueño absoluto de Roma e Italia; es imposible que la cuarta égloga nos haya llegado como lo ha hecho si esto no hubiera sido así.

El hecho de que a finales del año 40 a.C. Augusto cuente veintitrés años exige, desde luego, una explicación dentro de la teoría que defiende su identidad con el *puer*, pero no es, ni mucho menos, un obstáculo insalvable. Recientemente Gerhard Binder, uno de los que actualmente mantienen la identidad entre el *puer* y Augusto, lo ha explicado del siguiente modo: Virgilio proyecta su profecía al año 63 a.C. — año del nacimiento de Octavio — de modo que el futuro que se expresa en el poema es el presente del lector. La hipótesis de Binder — heredada parcialmente de Otto Seel — es perfectamente verosímil: no es, sin embargo, la única que puede sostener la ecuación entre el niño de la égloga y Augusto. Francesco della Corte ha venido recordándonos últimamente algo que la propia filología antigua ya había visto a su manera: que Virgilio, más que de ocultar significados bajo el velo de una alegoría sistemática y, a la postre, algo infantil, gustaba de γρίφοι, enigmas y símbolos. No hay pues por qué buscar un sentido específico a cada uno de los detalles que Virgilio va sumando a la idea nuclear del *puer* que acompañará la Edad de Oro: pienso, por ejemplo, en esos tres estadios que distingue a lo largo de la égloga: la infancia del niño (IV 18-25), la mocedad (IV 26-36), y la edad adulta «ubi iam firmata uirum te fecerit actas» (IV 37-45), y también esos últimos cuatro versos tan difíciles de casar con ninguna interpretación siquiera mínimamente alegórica o simbólica («Incipe, parue puer...»: IV 60-63)<sup>29</sup>. Quizá no esté muy lejos de lo esencial de esta idea

---

to externo nos aporta nada seguro al respecto y, por otro, las referencias a Augusto en las *Églogas* — especialmente la primera y la novena — se han interpretado, ya desde la propia filología virgílica antigua, de distintas maneras. Se diría que la filología antigua, tentada en ocasiones por buscarle una juventud proantoniana al que fue el máximo heraldo de la ideología augústea, se dejó llevar por cierto hipercriticismo (es el caso, por ejemplo, de la lectura que hace Probo — *Praef.* 328 Hagen — de la égloga novena), y buena parte de la filología moderna ha ido, en este punto, a zaga de la antigua (contra esta tendencia a ver críticas a la política de Augusto en las bucólicas puede leerse ahora V. BUCHHEIT, *Der frühe Vergil und Oktavian*, «SO», 65, 1990, 53-62, donde se da cuenta de la historia de la cuestión durante los últimos años; una recopilación de los testimonios e interpretaciones pertinentes — además de otras cosas — se encuentra en G. VIRUCCI, *Augusto*, in *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma 1984, s. u. y H. STRASBURGER, *Vergil und Augustus*, «Gymnasium», 90, 1983, 41-76; un ejemplo curioso — por radical — y reciente de esa tendencia que quiere hacer de Virgilio un antoniano, y que además establece una conexión entre esa hipótesis y la identificación del *puer*, es el de BRISSON, *Rome et l'âge d'or*, 89-107). Sin embargo, digan lo que digan estos hipercríticos, resulta realmente difícil — por ejemplo — no ver a Augusto bajo el *iuenis* de la primera égloga. Quizá no sea del todo inútil una reflexión sobre las razones últimas e íntimas por las que se ha solido proponer a estas alusiones de las *Bucólicas* una solución distinta de la obvia: ¿no hay, tras esta hipercrítica, cierto afán de descargar a Virgilio de una tácita acusación de insolidaridad con los otros 'pastores' damnificados? Una solución del gusto de todos es, sin duda, la teoría de una edición posterior de las *Bucólicas*: su único inconveniente es la base endeble — nula más bien — sobre la que se sustenta.

<sup>29</sup> Estoy convencido de que la mención de estas etapas de la vida del niño, así como los cuatro versos finales, son en buena parte los culpables de que la hipótesis que identifica al *puer* con Augusto, a pesar de su antigüedad, no haya gozado de mayor predicamento (así se explica que KUKULA, *Römische Säkularpoesie*, 46, 51-53 y sobre todo 77-79, propusiera la extravagante teoría de que los versos 60-63 iban en realidad entre los actuales 25 y 26 hasta que un falsario, partidario de Asinio Polión o de una lectura cristiana de la égloga, los cambiara de sitio). Sin embargo, no hay



lo que Servio glosa a *Ecl.* I 1 y que pesó tan poco para los exegetas medievales: «et hoc loco Tityri sub persona Vergilium debemus accipere; non tamen ubique, sed tantum ubi exigit ratio». Quizá la explicación más sencilla y convincente — que no excluye necesariamente las anteriores — sea esta otra: el año del consulado de Polión comienza una nueva era — un *magnus annus*, un nuevo *ordo saeculorum* o lo que sea — y con él nace o renace, lógicamente, todo lo demás. En este sentido el *puer* también puede verse como símbolo del *saeculum aureum* que acaba de nacer y, al mismo tiempo, de aquel que será su *princeps*<sup>30</sup>. No de otro modo se lee en el capítulo cuarto de la *Apocolocyntosis*: el comienzo de los nuevos siglos que, tras cortar el estambre de la vida de Claudio, empiezan a hilar las Parcas, se confunde con la propia vida de Nerón, aunque en el mundo sublunar ésta ha empezado bastante antes. En efecto, los *pensa* que hilan las Parcas son, primero, los siglos áureos:

...mirantur pensa sorores:  
mutatur uilis pretioso lana metallo,  
aurea formoso descendunt saecula filo;

los estambres siguen siendo trabajados en medio de la felicidad de las Hermanas, «nec modus est illis», y ganan incluso a los años de Titono y de Néstor:

uincunt Tithoni, uincunt et Nestoris annos;

en esto aparece Febo, y refiriéndose al mismo sujeto de «descendunt» y «uincunt», interviene de este modo:

nada en ellas que sume ni reste un ápice de valor a la teoría que identifica al *puer* con Augusto: así por ejemplo entender los «priscae uestigia fraudis» (IV 31) como una referencia a los cabos que quedaban por atar — desde el punto de vista, claro está, de los intereses de Octaviano — después de Brindis, aunque no aportaría ningún argumento en pro ni en contra de la teoría mencionada, según vengo diciendo, sí inclinaría la balanza, por ligeramente que fuera, en su favor.

<sup>30</sup> Lo que, a su vez, casa con el testimonio de Plin. *Nat.* II 94, quien nos da noticia de que la aparición del *sidus Iulium* en julio del año 44 a.C. tuvo, además de la interpretación popular y oficial según la cual se trataba del alma de Julio César que era acogida entre los dioses, otra que Augusto guardó gozoso para sí: «interiore gaudio sibi illum [sc. cometen] natum sequé in eo nasci interpretatus est», es decir, que el cometa significaba que era Augusto quien renacía con él. Quizá la mejor aplicación de la noticia a la exégesis de la égloga cuarta se debe a WAGENVOORT, *Virgil's fourth eclogue*, 14, y no parece obvia — ni mucho menos — la crítica de BEAUJEU, *L'enfant sans nom*, 192 s., sobre todo si se piensa en la variedad de interpretaciones que un fenómeno como el de la aparición de un cometa solía suscitar en Roma (aunque tampoco asumo plenamente las explicaciones de Wagenvoort). PLÜSS, *Die Gottmenschlichkeit*, *passim* pero 149 sobre todo, también cree que, a la muerte del dictador, Octaviano nace por segunda vez, pero ahora con atributos divinos, y de este modo explica igualmente el hecho de que Virgilio le llame *puer* a pesar de tener veintitrés años (cf. también ID., *Des Vergilius vierte Ecloge*, 78). La equiparación entre el *puer* y el *nouum saeculum* — una de las posibilidades que se siguen de lo dicho en el texto — nos remite, al menos por lo que a este punto se refiere, a la teoría de BÜCHNER, *Virgilio*, 238 ss. y a la de RIBEZZO, *Milenario cumano e messianismo cesareo*, prácticamente *passim* (v. nota 24). Obviamente, del testimonio de Plinio interesa más su propia existencia que el hecho de que la noticia sea verdad o mentira: lo que aquí cuenta es que, en época de Augusto o en época de Plinio — para el caso, tanto da —, a alguien se le podía ocurrir que el comienzo de una nueva era podía implicar también un nuevo nacimiento de quien estaba destinado a regirla.

... 'ne demite, Parcae'  
Phoebus ait 'uincat mortalis tempora uitae  
ille mihi similis uultu similisque decore.

Se da, pues, tal confusión, aunque debe advertirse — por decirlo todo — que Séneca no menciona a ningún niño. Quizá el espíritu de esa multivalencia del símbolo del *puer* virgiliano sea similar a ésta de la *Apocolocyntosis* o — por aducir un ejemplo ajeno a todo esto — a la que debe sobreentenderse en el famoso verso de Cicerón «O fortunatam natam me consule Romam» (fr. 17 Traglia), donde el contexto resulta — no es dato banal — asombrosamente semejante al de la cuarta égloga. En definitiva, en la égloga se trata del comienzo de un nuevo *magnus annus*, y con él todo vuelve a nacer otra vez<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> En relación con la identificación del *puer* con Augusto se me ocurre una hipótesis que, aunque arriscadísima, no deja de resultar verosímil. Es sabido que por aquellos años y en determinados círculos — probablemente con distintas intenciones en cada uno de ellos — a Octaviano se le llamaba *puer*. Suetonio (*Aug.* XII), por ejemplo, cuenta que uno de los pretextos que Octaviano adujo para romper con el senado — tras la batalla de Módena y las alianzas que a ésta siguieron — fue precisamente que algunos le habían llamado 'niño' («alii se 'puerum'... iactassent»); cf. también DC. XLVI 41, 4); y similar a éste es quizá el caso de la famosa carta de Marco Antonio a Hircio y Octaviano leída por Cicerón ante el senado, en la que Antonio se dirige al joven César llamándole *puer* (*Phil.* XIII 24). Sin embargo, que el hecho de que se le llamara *puer* no era algo necesariamente ofensivo — como pretendía el joven Octaviano para hacer valer su pretexto y como ha pretendido, por ejemplo, la filología moderna al tratar de la autoría del *Culex*: cf., en torno a esto, el Apéndice I — lo prueban otros testimonios en los que la alusión a la edad del heredero del divino Julio no tenía nada de irónico, antes al contrario, podía entenderse más bien como un elogio. Cicerón, por ejemplo, se refiere a él en varias ocasiones llamándole *puer*, pero su tono está lejos de ser insultante: en una carta a Trebonio (*Epist.* X 28, 3) de febrero del año 43 a.C., haciendo un repaso del estado de la República, dice lo siguiente: «consules egregii, praeclarus D. Brutus, egregius puer Caesar, de quo spero equidem reliqua»; al comienzo de la tercera filípica (*Phil.* III 3, habida *in senatu* el 19 de diciembre del año 44 a.C.) se refiere a Octaviano como «C. Caesar adulescens, paene potius puer», y en la cuarta (*Phil.* IV 3), versión *ad populum* de la anterior y habida justamente la tarde del día siguiente, se expresa con una solemnidad y, en este sentido que aquí nos preocupa, con una claridad inequívocas: «Laudo, laudo uos, Quirites, quod gratissimis animis prosequimini nomen clarissimi adulescentis uel pueri potius: sunt enim facta eius immortalitatis, nomen aetatis» (el tono es algo distinto, en cambio, en una frase de Ático que Cicerón cita en una carta destinada precisamente al mismo Ático: *Att.* XVI 15, 3); sobre la veracidad del escolio a *Ecl.* I 42, que pretende que «decreuerat enim senatus, nequis eum puerum diceret, ne maiestas tanti imperii minueretur», hay, por lo que sé, serias dudas. Todo esto lo señaló por lo menos ya RIBETTO, *Milenario cumano e messianismo cesareo*, 146 s., como una de las razones que pudo impulsar a algunos antiguos a ver — erróneamente según él — a Augusto en el *puer* de la cuarta égloga. Pero ¿qué si no hay que tomarse tan en serio el «paulo maiora canamus» — al fin y al cabo seguimos en una colección bucólica donde los rasgos de humor no son raros — y hay que leer la égloga con un poco — muy poco — de sal? «Ergo non 'maiora', sed 'paulo maiora'», como dice el escoliasta (Serv. *Ecl.* IV 1). ¿Qué si el hecho de referirse a Augusto como *puer* responde a las bromas que Asinio Pollión — antoniano al fin y al cabo — gastaba inevitablemente al Virgilio ya partidario de Octaviano? No se explicaría mal ese insistente «teque adeo decus hoc aeui, te consule, inibit, | Pollio» (*Ecl.* IV 11 s.): como si dijera «precisamente durante tu consulado ese muchacho que tú no te tomas en serio cogerá las riendas de Roma y nos traerá la paz, etc.». (También en un tono similar podría leerse, por ejemplo, IV 42-45 «nec uarios discet mentiri lana colores...», tal y como señala, quizá no sin razón, B. THORNTON, *A note on Vergil eclogue 4. 42-45*, «AJPh», 109, 1988, 226-28, u otros pasajes clave de la égloga, según sostiene H.C. GOTOFF, *On the fourth eclogue of Virgil*, «Philologus», 111, 1967, 66-79, un estudio repleto de sugerencias). A partir de ahí el *puer* de la égloga desarrollaría, por su faceta parcialmente simbólica, otras funciones: pienso en la narración de la vida del niño, mozo y adulto, o en los todavía misteriosos cuatro versos finales. Admitir este principio exegético implica, obviamente, no pocos cambios en la esencia misma de nuestra lectura de la égloga, pero no necesari-

Tal y como he apuntado más arriba, no merece despreciarse — tengo la impresión de que no se suele tener en cuenta — el hecho de que la égloga cuarta no sea un texto más o menos marginal que hayamos recuperado de un modo indirecto o casual: sabemos que desde el momento en que Virgilio lo escribió fue por lo menos tan leído como las obras de los poetas más leídos de la época <sup>32</sup>. Parece inverosímil que un texto con unas resonancias políticas tan graves — profetizando, nada menos, que otro distinto de Augusto será quien «reget orbem» — pudiera sobrevivir en los años treinta — antes, pues, de Accio — o incluso en cualquier momento de la dominación de los Julio-Claudios <sup>33</sup>. Recordemos el controvertido episodio de las *laudes Galli* del final de las *Geórgicas* — sea o no del todo exacto lo que sobre ello afirman Servio y el *Donatus auctus* —. La mención de las *laudes Galli* sugiere la posibilidad de otra hipótesis verosímil aunque indemostrable: que en la égloga cuarta coexistan dos estratos redaccionales, un primero en el que el *puer* escondía otro significado distinto del propuesto, y un segundo, forzado por los cambios políticos en Roma y en Italia, en el que retocando aquí y allá Virgilio hizo que la figura del *puer* pudiera identificarse con Octaviano, aunque sin poder evitar algunos «sceleris uestigia nostri» que oscurecían el significado de los versos <sup>34</sup>.

riamente algo distinto de lo que se propone en este artículo: tengo la impresión, por lo demás, de que la lectura mesiánica de la égloga no es del todo ajena a la reluctancia que percibo en leerla suponiéndole a Virgilio esa pizca de ironía. Pero quede claro que no es necesario admitir nada de esto para sostener lo expuesto anteriormente.

<sup>32</sup> Sobre el inmediato éxito de las *Bucólicas* el testimonio clásico es la noticia de la *Vita* de Suetonio-Donato: «Bucolica eo successu edidit, ut in scaena quoque per cantores crebro pronuntiantur» (103 s. Rostagni); no lo es menos — aunque no se refiere exclusivamente a las *Bucólicas* — ésta de Tácito (*Dial.* XIII): «testis ipse populus, qui auditis in theatro Virgillii uersibus surrexit uniuersus et forte praesentem spectantemque Virgilium ueneratus est sic quasi Augustum». Los lugares interesantes a la fortuna inmediata de las *Églogas* virgilianas se encuentran, por ejemplo, en COLEIRO, *An introduction*, 101-03; una todavía útil historia de la crítica y la filología virgiliana, complementaria quizá de lo anterior, puede leerse en *The works of Virgil with a commentary*, by J. CONNINGTON and H. NETTLESHIP, Londres 1898 [5. ed. = Hildesheim 1963], I, xxix-c; también debe verse M. SCHANZ - C. HOSIUS, *Geschichte der römischen Literatur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaisers Justinian*, Munich 1935 [4. ed. = *ib.* 1967], II, 96-98.

<sup>33</sup> Nada más equivocado que pretender restar verosimilitud a la identificación del *puer* con Augusto o rebajar gravedad a la lectura que atribuye el futuro dominio del mundo a un descendiente de Asinio Polión, aduciendo el carácter pastoril y, por tanto, irreal de la *materia artis* de las *Bucólicas*. Es precisamente Virgilio quien da al género una dimensión política que lo marcará de modo indeleble — con contadas excepciones y tanto dentro del ámbito de la literatura romana como fuera de él — para siempre. Baste remitir a H. BARDON, *Bucolique et politique*, «RhM», 115 (1972), 1-13.

<sup>34</sup> H. MATTINGLY, *Virgil's fourth eclogue*, «JWI», 10 (1947), 14-19, retoma en este sentido una idea apuntada por W.W. TARN, *Alexander Helios and the Golden Age*, «JRS», 22 (1932), 135-60, 159 s., a saber, la de la posibilidad de que Virgilio hiciera más de una edición de las *Bucólicas*. Para Mattingly, la égloga cuarta se escribió originariamente con la intención de celebrar, o bien al hijo que se esperaba de Octaviano y Escribonia, o bien más probablemente — siempre a juicio de Mattingly — al que nacería de Marco Antonio y Octavia; en el año 17 a.C., cuando se celebraron los Juegos Seculares y Augusto adoptó a los dos hijos de Julia y Agripa — Gayo César y Lucio César —, Virgilio aplicó a la ocasión su cuarta égloga: «I put forward the suggestion that the obvious chance was not missed, that our 'Pollio' was applied to the occasion, that some references to Mark Antony were cancelled and that the phrases that spoke of peace were pointed to fit the Augustan peace now begun» (*ib.* 17). La hipótesis — verosímil en general, ya sea con los detalles avanzados por Mattingly, ya con otros similares — tiene el defecto de no apoyarse en ningún dato positivo, tal y como se ha señalado más arriba (e igual que sucede con quienes quieren suponer alteraciones de esta clase en el texto de la égloga entre el momento de su composición y el de su publicación, a fi-

#### 4. *Sincera uox priscae antiquitatis*

Se ha visto lo que la lectura virgiliana de Séneca y sus contemporáneos puede aportar a nuestra comprensión de la égloga cuarta, y se ha apuntado una reflexión sobre lo que puede significar la protohistoria de las *Bucólicas* para la cuestión que nos ocupa. Releamos ahora, a la luz de lo anterior, los pecios que nos han llegado de la filología virgiliana antigua. El rasgo más característico — no, desde luego, exclusivo de esta égloga, pero sí especialmente significativo en ella — es la variedad de soluciones que se aportan para el enigma y, entre éstas, la presencia casi continua — se diría que así como acallada — de una posible identificación entre el niño y Augusto <sup>35</sup>. Es elocuente el escolio a *Ecl.* IV 7:

IAM NOVA PROGENIES CAELO D. A. [...] et hinc conicit fore aurea saecula, quod Augustus imperat, uel quod talis natus est puer, uel quod consul est Pollio...

La confusión sobre a quién van dirigidas las *laudes*, así como la intuición de que la égloga en general es una alabanza de Augusto, se dejan ver igualmente en la glosa a *Ecl.* IV 6:

REDIT ET VIRGO [...] et permiscet laudes tam pueri, quam Pollionis, quam Augusti: nam felicitas temporum ad imperatoris pertinet laudem.

También en otros pasajes del comentario tiene uno la impresión de que el escoliasta, aunque ha optado explícitamente por identificar al *puer* con Salonino, entiende — a su pesar — que la égloga habla de Augusto y sólo de él <sup>36</sup>. Se ha

---

nes del año 39 o principios del 38 a.C.: cf., por ejemplo, F. DELLA CORTE, *La 'proanafonesi' della IV egloga*, «Maia», 34, 1982, 3-11, 9). La actitud de los escoliastas virgilianos debería hacernos pensar, por el contrario, que no hubo tales retoques en nuestra égloga: el episodio ya mencionado de las *laudes Galli* nos induce, en todo caso, a pensar que, de haber habido una segunda edición en un texto tan sonado en la propia época como éste de la cuarta égloga y por un motivo tan grave como el citado — de una transcendencia infinitamente mayor que la que pudiera haber tenido la referencia a Galo —, se nos habría informado similarmente (cf., en este mismo sentido, BEAUJEU, *L'enfant sans nom*, 193). Sobre el hipercríticismo antiguo y moderno que se empeña en imaginar a un joven Virgilio proantoniano, v. *supra* n. 28.

<sup>35</sup> Quizá no esté de más señalar que, en la amalgama de hipótesis y exégesis que se encuentra en los escolios virgilianos, aquellas que identifican al *puer* con Augusto suponen en cierto modo una *lectio difficilior* con respecto a aquellas otras en las que se propone a Salonino, a Asinio Galo o a cualquier personaje nacido en el año del consulado de Asinio Polión, y que, por ende, poseen — al menos en principio — un valor añadido. Interesa, también para esto, la observación de LANGHOLF, *Vergil-Allegorese*, 365, que considera que Calpurnio Sículo sólo se sirve, en sus versos más abiertamente panegíricos, de aquellos pasajes de las *Bucólicas* virgilianas en los que el pastor en cuestión viene interpretado como símbolo de Augusto o de Julio César: «Allerdings benutzt Calpurnius nicht irgendwelche beliebigen Ausdrücke und Motive Vergils, sondern solche, die in der antiken Kommentarliteratur allegorisch auf Caesar (den 44 v.Chr. ermordeten Diktator) gedeutet wurden», donde Langholf se refiere concretamente a la égloga quinta, aunque se manifiesta, si no entiendo mal, de modo parecido en relación a los pasajes correspondientes de la primera y la cuarta églogas. Comparo la interpretación de la intención de Calpurnio, no así la del talante de la exégesis virgiliana de la época: al tiempo que la identificación con cualquiera de los dos Césares, los comentarios antiguos arrastran, como se ha visto, otras varias hipótesis que, por lo que hace al menos a la cuarta égloga, vienen presentadas con mayor énfasis.

<sup>36</sup> Entiéndase que hablo de 'el escoliasta' por simple comodidad: a nadie se le escapa la relativa inutilidad de ver, por ejemplo, en Servio a solo Servio o sólo a Filargirio en Filargirio. Por lo

mencionado ya el pasaje en el que se identifica a Augusto con Apolo (Serv. *Ecl.* IV 10): como en tantas otras ocasiones, Servio — o quien sea a quien remonte ese aserto — no asume las consecuencias de esa ecuación para la interpretación del resto de la égloga. La glosa a *Ecl.* IV 15 «*ille deum uitam accipiet...*» (un texto, como se ha visto más arriba, especialmente ambiguo pero con apariencia de estar preñado de significado) resulta representativa de esa actitud esquizofrénica del comentarista:

ILLE DEVM V. A. sicut supra, artificiose laudem confundit, ut possit esse communis; nam ad quemuis potest referri «ille», uel ad Augustum, uel ad Saloninum.

Se compagina igual de bien con nuestra hipótesis lo que se lee — y lo que puede entreverse — en este otro pasaje (*Ecl.* IV 17):

PACATVMQUE REGET PATRIIS V. O. uel Augustus Caesaris, uel Saloninus Pollionis uirtute pacatum orbem tenebit.

Todo esto denota, en última instancia, cierto impulso del escoliasta a ver en la cuarta égloga un elogio de Augusto, impulso que venía disimulado, sin duda involuntariamente, por el hecho de haber adoptado la teoría favorable a Salonino. No encuentro evidente la hipótesis de Funaioli — y de otros — según la cual la exégesis favorable a Polión sería más antigua que la favorable a Augusto, que habría sustituido a aquella después de Accio, «come si capisce che in età avanzata l'esegesi cristiana soppiantasse questa e quella»<sup>37</sup>. Creo más bien que el proceso fue el inverso: por cierto hipercriticismo, apuntalado quizá por alguna noticia absurda pero autorizada como la de Asconio Pediano sobre Asinio Galo, la lectura polionea se superpuso más o menos artificialmente — he señalado ya cómo se percibe esto en las glosas — a la augústea, que sin embargo no fue desplazada del todo.

---

que hace a este punto en concreto, pienso que hubo uno o varios gramáticos, cercanos en el tiempo a Virgilio, que propugnaron una exégesis proaugústea por así decir, y que esta lectura virgiliana fue oscurecida — cuando no sustituida — por otra polionea o antoniana. Sobre la antigüedad del material recogido en las glosas no parece superfluo recordar, en palabras de Funaioli (véase la referencia completa en la nota 37), lo siguiente: «Il nucleo sostanziale della silloge [sc. filargiriana], così confusa e inquinata di elementi eterogenei, che porta il loro nome, è antico di sicuro, proviene in gran parte dal miglior tempo dell'attività esegetica romana; e serba anche, nella forma, parecchio del colorito antico, a malgrado delle malversazioni medievali [...]. E [...] diremo che in tutti i commenti di Virgilio, del pari in Filargirio e in Gallo che nella massa Serviana, nello Scolista Veronese e nello Ps.-Probo, *agnoscenda est saepe*, per esprimerci con Donato, *sincera vox priscae antiquitatis*» (233). Sobre la relación entre las distintas colecciones de glosas — que interesa al caso directamente — baste remitir a D. DAINTREE - M. GEYMONAT, *Scholia non Serviana*, in *Enciclopedia Virgiliana*, IV, Roma 1988, s. u.

<sup>37</sup> G. FUNAIOLI, *Esegesi virgiliana antica. Prolegomeni alla edizione del commento di Giunio Filargirio e di Tito Gallo*, Milán 1930, 351: «L'esegesi Pollionea è anteriore di certo alla Cesarea e, come tale, ha molta più probabilità per sé. Si capisce di leggieri che accanto a quella sorgesse dopo Azio quest'altra e giungesse fino a imporsi ai più degli interpreti, come si capisce che in età avanzata l'esegesi cristiana soppiantasse questa e quella». Mi opinión — tal y como lo expreso en el texto — es exactamente la contraria.



Más de lo mismo se encuentra en otros comentarios antiguos. Junio Filargio expresa con mayor claridad que Servio la posibilidad de que la égloga se haya escrito en honor de Augusto (*Ecl.* IV 1 rec. I):

Hanc eclogam siue in honorem Caesaris siue Asinii Pollionis, alii arbitrantur in Salonini honorem dictam, filii Polionis.

La exégesis de «paulo maiora canamus» no está exenta de interés (Philarg. Verg. *Ecl.* IV 1 rec. II):

PAVLO MAIORA idest carmina. Laudes regibus nunc dico, hucusque de ducibus, uel MAIORA idest quae prophetata sunt et a Sibyllis de Octauiano, nunc narro;

ni lo está menos la de *Ecl.* IV 7 rec. I:

NOVA PROGENIES idest quidam dicunt inspiratum eum de Saluatoris aduentu, quidam de aduentu Salonini Pollionis, quidam de aduentu Octauiani dixisse;

Philarg. Verg. *Ecl.* IV 7 rec. II no tiene desperdicio:

NOVA PROGENIES idest Augustum dicit. Aestimauit enim Virgilius, quod de Augusto praedixit Sibylla, cum de Christo omnia prophetauit.

Y también para Filargio el «ille» de IV 15 debe entenderse por Augusto: «ILLE idest Caesar» (*Ecl.* IV 15 rec. I) y, en su segunda redacción, de modo similar: «DEVM VITAM ACCIPIET idest Augustum immortalitatem consecuturum adfirmat, quod ad Christum pertinet». Nuestro comentario a aquel «patriis uirtutibus» (IV 17) viene apoyado también por la glosa de Filargio, que es idéntica, esta vez, en ambas *recensiones*:

PATRIIS VIRTUTIBVS idest, quod Iulius Caesar orbem terrarum pacasse uidetur, qui Augustum, sororis suae filium, heredem Imperatoremque reliquit.

También los *Scholia Bernensia* transmiten, más o menos solapadamente, la idea de que el *puer* no es otro que Augusto. La introducción a la égloga cuarta comienza así:

Hanc eclogam scriptam esse aiunt in Asinium Pollionem; quidam, in filium eius Saloninum, alii in ipsum Caesarem. [...] In hac ecloga solus poeta loquitur de restauratione noui saeculi, hoc est: Saturni regnum aureum sub Octauiano adulanter restauratur [...]. Hanc eclogam alii dicunt in laudem Pollionis eum fecisse, alii autem in filium eius Saloninum [...] alii in laudem Caesaris siue Marcelli, filii Octauiae...

Lo mismo viene a decir la glosa a IV 7 «iam noua progenies caelo demittitur alto»:

*progenies*, Saloninus uel Augustus uel Christus uel Marcellus, Octauiae filius.

«Ille deum uitam accipiet» (IV 15) aparece interpretado del mismo modo también en los *Scholia Bernensia*, pero sin dejar de contar con la teoría en favor de Salonino:

*Ille, Caesar. Deum uitam accipiet*, adfirmat Caesarem esse inmortalem. *Ille deum uitam accipiet*, de Salonio dicit, deorum uitam habebit.

Algunas de las distintas soluciones — y las incongruencias tan típicas de esta clase de textos — aparecen bien representadas en la glosa a IV 17:

*Pacatumque reget orbem*. Si de Salonio, paterna uirtute reget Salonas; si de Caesare uirtute Iulii reget terrarum orbem. *Reget*, Octauianus orbem, Saloninus Dalmatas, uel Caesar Romanos, uel Christus Christianos. Aliter: quia Iulius Caesar orbem terrarum pacasse uidetur, qui Augustum sororis suae filium heredem imperatoremque reliquit.

El escoliasta no lo oculta, pues, cuando no sabe a qué carta quedarse, tal y como puede verse también en la glosa a IV 26:

*Heroum laudes*, Pollionis et Caesaris, uel duodecim libros Aeneidum. *Laudes heroum*, idest laudes Pollionis uel Caesaris canere poteris, cum ad uirilem togam perueneris, uel scriptas ab aliis legere.

Y como si resumiera la teoría de Seel y Binder — una glosa que ha pasado, por lo que sé, inadvertida también para estos dos eruditos — señala lo siguiente (*Ecl.* IV 37):

*Hinc ubi iam formata aetas*, quasi tunc puer esset Augustus uel non natus ita dicit. *Virum te fecerit*, uel ad puerum Salonium loquitur, quasi diceret, ubi adoleueris uel ubi uirilem togam sumpseris; uel ad Augustum, quasi puer esset tunc Octauianus, siue non natus esset, ita uaticinatur <sup>38</sup>.

De ese *pot-pourri* que son todas las colecciones de los escolios a Virgilio no parece descabellado deducir que hubo una línea exegetica muy antigua que identificaba al *puer* con Augusto; que esta teoría fue perdiendo terreno ante otras soluciones — quizá igualmente antiguas — más sofisticadas por un lado pero por otro también más ingenuas, y que venían motivadas, al menos en parte, por la obsesión que les producía la dedicatoria a Asinio Polión y quizá también por la absurda noticia que, si creemos al Servio danielino, daba al respecto — tamizada sabe Dios por qué cedazos — una fuente tan próxima al tiempo de Virgilio como era Asconio Pediano (v. Apéndice II); y que, en fin, la introducción en escena de la interpretación cristiana obligó a quienes no creían en ella a buscar una solución que, dentro del paganismo romano, resultara tan deslumbrante y redonda como la cristiana, y les forzó igualmente — también, quizá, de un modo más o menos inconsciente — a centrarse casi exclusivamente en el hecho de que el objeto de la égloga fuera precisamente un niño.

<sup>38</sup> No dejan de estar en relación con el ambiente que debe suponerse al momento de la concepción de la égloga otros vaticinios que, según las fuentes, se pronunciaron en el momento de su nacimiento, durante su infancia y al comienzo de su aparición en la vida pública, por mucho que haya que rebajar las pretensiones de veracidad de quienes nos los transmiten y suponer, en cambio, que al menos parte de ellos son apócrifos (la mayor parte de ellos, si no todos, se encontrará recogida en la bibliografía general aducida más arriba). Pero únase a esto — cf. al respecto también la nota 20 — el hecho histórico de que con sólo quince años Octavio fue nombrado pontífice por el propio César, y que, muy poco después, fue asociado en el triunfo del divino Julio del año 46 a.C.

\* \* \*

Por lo que hace al modo en que pudo haberse concebido la égloga — y vaya por delante que nada de esto es absolutamente determinante para las hipótesis avanzadas más arriba — me parece especialmente verosímil lo que sigue. En los años finales de la República proliferan en Roma vaticinios sobre un *saeculum nouum* inminente — no, o no necesariamente al menos, sobre ningún niño salvador — y algunos de ellos — sobre todo a raíz de la aparición del *sidus Iulium* — pretenden ligar esta renovación de los tiempos con un personaje notable del momento, especialmente con el dictador o con el joven César, tal y como nos lo prueba multitud de anécdotas que nos transmiten las fuentes. La tradición romana que encontramos en época de Augusto — y que no hay razones para pensar que, al menos en este punto, esté errada — asegura que los *Ludi saeculares* se celebraban justamente para conmemorar el cambio de siglo, y que la naturaleza de estos *saecula* — y del milenio en el que se sucedían —, así como las noticias sobre el momento en el que tenía lugar el paso de uno a otro, venían recogidas y reguladas en los oráculos sibilinos, del mismo modo en que, ya en una época mejor documentada para nosotros, los rituales de los *Ludi saeculares* y todo lo que tiene que ver con éstos dependen de textos sibilinos. Prácticamente la única fecha segura que tenemos para una celebración de los *Ludi saeculares* en época republicana es precisamente la del 249 a.C.: algunos de los vaticinios que he mencionado más arriba apuntan, efectivamente, al año 49 a.C., no sólo como fecha de un nuevo cambio de siglo sino también como momento final del viejo milenio y comienzo del nuevo. No sabemos por qué no se celebraron los *Ludi saeculares* en el año 49 a.C.: se ha señalado, muy verosímelmente, que Julio César no quiso correr el riesgo de hacerlo en un año en el que la República había sufrido desastres espantosos — paso del Rubicón, huida del Senado, etc. — ya que algunas creencias populares establecían una relación entre estos cambios cronológicos y ciertas posibles catástrofes, y que fue entonces cuando, a estos efectos, se introdujo el cómputo varroniano — según el cual el siglo tenía 110 años — de modo que la celebración de los juegos debía retrasarse hasta el 39 a.C., año para el que, en efecto, también tenemos atestiguado algún vaticinio de la época. Pero los cálculos sobre el año en el que debían tener lugar los juegos o, lo que es lo mismo, el año en el que se producía el cambio de siglo — o de milenio —, siempre fueron controvertidos: lo vemos en las confusas noticias que nos han llegado para esos años finales de la década de los cuarenta o comienzos de la del treinta, y lo seguimos viendo, más claramente aún, en las celebraciones de los siguientes juegos en el 47 d.C. con Claudio o en el 87 d.C. con Domiciano. Los que he mencionado para el caso que aquí nos interesa, los referentes a los años 49 y 39 a.C., no son tampoco los únicos que encontramos atestiguados en la época: es hasta cierto punto banal que nos hayan llegado noticias sobre vaticinios referidos al 49, 44, 39, a una fecha anterior al 63, etc., y no nos haya llegado ninguno referido al 40: lo interesante es que, en torno a esa época, hay por así decir cierta agitación por lo que a todo esto respecta, y que es verosímil que, en un ambiente como aquél, hubiera habido alguna predicción referida al año del consulado de Polión. En mi opinión, hubo, en efecto, un vaticinio que situaba en el año 40 a.C. al menos el final de un siglo y el comienzo del siguiente, y a Virgilio, amigo del cónsul designado para

tan señalado año, le vino dada una bonita ocasión para reunir en una égloga a dos personajes a los que se sentía, de uno u otro modo, estrechamente unido: a Asinio Polión, en la parte que le toca por ser uno de los cónsules del año, le menciona en sus versos de la manera en que lo hace, pero el verdadero objeto de la égloga es, naturalmente, el renacimiento del universo que tendrá lugar de la mano de Augusto. De este modo se explicaría, por un lado, el hecho de que el comienzo de la nueva era que Virgilio anuncia en la cuarta égloga se sitúe bajo el consulado de Polión, y por otro — quizá, no necesariamente — la alusión a la llegada de la *ultima aetas* del *Cumaeum carmen*: el advenimiento de la Edad de Oro, de la *noua progenies*, etc., nada tenía que ver con ninguna fecha concreta, de modo que Virgilio yuxtapuso, en esos primeros versos de la égloga, varios mitos cuyo único denominador común era el de referirse a una era de felicidad universal (véase sobre esto el Apéndice III). Fuera de esto, no doy mucho crédito a la idea ya *uulgata* de que la paz de Brindis fue, de un modo u otro, la causa inmediata de que Virgilio escribiera la cuarta égloga, aunque tampoco me parece inverosímil que tenga un papel secundario en ella (cf. n. 31). Creo, en cambio, que la impresión que produce la lectura de Apiano es correcta; para los contemporáneos el pacto de Brindis entre Antonio y Octaviano quedó oscurecido por la vorágine de acontecimientos — de trascendencia incierta — que se produjo en aquel tiempo. En este sentido — se crea o no que Virgilio atribuyera un carácter decisivo a la paz de Brindis — parece obligado contar con dos hipótesis excluyentes: o Virgilio tuvo suerte en sus predicciones del año 40 a.C. y el tiempo — el que faltaba hasta Accio, por ejemplo — le dio la razón, o esas predicciones son en realidad una corrección posterior de un error del año 40 a.C. Dicho de otro modo: o reconocemos que Virgilio supo apostar bien desde el principio — algo en absoluto inverosímil — o hay que admitir la teoría de las dos ediciones de las *Bucólicas*. Puesto que nada nos obliga a optar por lo segundo — y partiendo de que éste es precisamente el término marcado — me inclino por lo primero. Nada, pues, más fácil de imaginar en el Virgilio de siempre: nada más *diessseitig-römisch*.

Sabemos muchas cosas sobre la *lectura Vergilii* en los últimos años del Imperio y a lo largo de toda la Edad Media: apenas sabemos nada, en cambio, sobre cómo leyeron al *maximus poetarum* en las décadas inmediatamente anteriores y siguientes al nacimiento de Aquel otro candidato de la filología antigua a dilucidar el enigma del *puer* virgiliano. Un puñado de poetas del gran renacimiento literario de la época de Nerón proporciona pistas nada despreciables sobre cómo se leía la cuarta égloga en aquellos tiempos aún próximos a los del Mantuano. La filología virgiliana antigua — deturpada por siglos de exégesis no siempre sensata — confirma la posibilidad de que esos indicios que encontramos en la *Apocolocyntosis* de Séneca, las *Bucólicas* de Calpurnio Sículo y los *Carmina* anónimos de Einsiedeln, se correspondan realmente con lo que pudo haber sido la recta lectura de la para nosotros misteriosa égloga de Virgilio. Una reflexión, a la luz de estos datos — quizá insuficientes pero sugestivos —, acerca justamente de la vida de las *Bucólicas* virgilianas en los años sucesivos a su publicación, hace que la hipótesis de que el *puer* no es sino una imagen del propio Augusto cobre mayores visos de realidad.

### Apéndice I

La dedicatoria del *Culex* a un tal Octavio — otra de las *uexatissimae quaestiones* de la filología virgiliana o pseudo-virgiliana — nos ofrece también argumentos en favor de la identificación de Augusto con el *puer* de la cuarta égloga. Otra vez, pues, una lectura posterior pero aún próxima a Virgilio nos da pistas para entender al propio Virgilio. A mi juicio, resulta casi imposible — tomo, pues, partido por ello, advirtiendo, eso sí, de que tampoco en esto hay ningún consenso — no admitir el planteamiento de Eduard Fraenkel en torno al carácter y recepción del poemilla: alguien lo escribió, verosíblemente ni antes ni mucho después del tiempo de Tiberio, con la intención de hacerlo pasar por un poema de juventud de Virgilio, y los hombres de letras de la época — Lucano, Estacio, Marcial, Suetonio y tantos gramáticos sobre cuyo juicio se apoyaron, sin lugar a dudas, los anteriores — quisieron ver en él una obra juvenil e incluso especialmente descartada, una de aquellas obras, pues, que los antiguos tanto gustaban de descubrir o, e su defecto, inventar a los grandes poetas. Y a Virgilio, que por aquel entonces se estaba convirtiendo en el *Homerus Romanus*, le correspondía más que a nadie su Βατραχουμ μύθος. La falsificación, en efecto, procura recoger los detalles suficientes como para que no quepa duda sobre su autor:

to leave no doubt that he himself is Virgil he makes heavy borrowings from *Bucolics*, *Georgics* and *Aeneid*, exactly as the man who foisted the *Epistulae ad Caesarem senem* on the historian Sallust...<sup>39</sup>

Y, siendo esto así, no puede haber ninguna duda sobre la identidad del Octavio que se menciona reiterada y destacadamente. Fraenkel añade que el autor del engaño ha puesto especial atención en asignar una fecha a su poema, y llamando al niño «Octavius» sitúa en la época anterior a su adopción por Julio César. Pero ¿por qué le llama «sanctus puer»? Ciertamente, ni el contexto ni la naturaleza de la invocación a Augusto lo hacen necesario — ni siquiera previsible —. En mi opinión, la apelación a Octavio como «sanctus puer» es, en la intención del falsario, un elemento más — junto con las alusiones a las *Bucólicas* y a las *Geórgicas*, y los pronósticos sobre la *Eneida* — que sirve para identificarse como Virgilio: lo mismo que el verdadero Virgilio de las *Bucólicas* llama a Augusto *puer* — argumentaría el anónimo — así también yo lo hago para ser tenido por aquél. De modo, pues, que no sólo podría atribuirse al autor del *Culex* — igual, en mi opinión, que a Séneca o a Calpurnio Sículo — una lectura de la cuarta égloga en la que se identifica al *puer* con Augusto, sino que él mismo consideraba tal lectura lo suficientemente extendida como para servir de certificación virgiliana para su falsificación.

### Apéndice II

Merece la pena detenerse por un momento en la cita que hace el *Servius auctus* Asconio Pediano:

Asconius Pedianus a Gallo audisse se refert, hanc eclogam in honorem eius factam

<sup>39</sup> ED. FRAENKEL, *The «Culex»*, «JRS», 42 (1952), 1-9, 7. Renuncio a aducir aquí siquiera mínima porción de la selva bibliográfica en torno a los diversos problemas del *Culex*: baste la lectura del artículo de Fraenkel y, como guías para la historia de la cuestión, el artículo de M. BONI *Culex*, in *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma 1984, s. u., y el libro de BÜCHNER, *Virgilio*, 99-124.

<sup>40</sup> Las explicaciones que se han dado al «sanctus puer» pecan, creo, de excesiva sofisticación de cierta ambigüedad: pienso fundamentalmente en aquella que quiere ver una alusión al pontífice que obtuvo cuando tenía quince años o en la que pretende que se trata, simplemente, de una dedicación sin mayor transcendencia.



De esta sucinta nota se ha pretendido deducir que Asconio Pediano ya no sabía quién era el *puer*, de modo que, si ello era así en un gramático de primera fila y relativamente próximo al tiempo de Virgilio, hay que pensar que ya en una época tan temprana faltaba una tradición gramatical que diera cuenta de la solución del enigma. Nada más falso: es perfectamente verosímil que Asconio Pediano mencionara el hecho más bien como una anécdota divertida que ilustraba el carácter de un personaje tan destacado como lo fue Asinio Galo, sin que para nada quiera decir que Asconio Pediano ignorara la identidad del *puer* ni que faltara una tradición en ese sentido. Probablemente muchos años después, en una época en la que ya sí faltaba tal tradición, la anécdota de Asconio Pediano cayó poco felizmente en los caprichosos vericuetos de la comentarística virgiliana y se sumó a otras hipótesis — o a otra versión de la misma — que buscaban al *puer* entre los personajes nacidos en los años 41 o 40 a.C. En cualquier caso, lo único que puede sacarse en limpio de la mención serviana de Asconio Pediano es la antigüedad de la hipótesis que quería identificar al *puer* con un hijo de Polión.

### Apéndice III

La interpretación de IV 4-7 — crucial para obtener la llave de la égloga — suele complicarse, en las paráfrasis y exégesis que conozco, más de lo necesario: por un lado está el significado de cada uno de los elementos que aparecen (el *carmen Cumaeum*, el *magnus ordo saeculorum*, los *Saturnia regna*, etc.) y, por otro, la relación que existe entre ellos. Repasémoslos con la puntuación que propone Sir Roger Mynors:

Ultima Cumaei uenit iam carminis aetas;  
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.  
iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna,  
iam noua progenies caelo demittitur alto.

Parece razonable que el *carmen Cumaeum* sea un *carmen sibilino*, y cualquier intento de explicarlo de otro modo — pienso sobre todo en la teoría, ya antigua, de que el adjetivo se refiera a la *Kύμη eolia* — conduce a conclusiones imposibles<sup>41</sup>; los *regna Sa-*

<sup>41</sup> La última — por lo que sé — defensa detallada, erudita y sutil — aunque, a mi juicio, errada — de que «Cumaeum» se refiera a la *Kύμη eolia* y no a la *Cumae* itálica se lee en G. RADKE, *Vergils 'Cumaeum carmen'*, «Gymnasium», 66 (1959), 217-46, quien quizá sea el mejor representante moderno de esa línea exegética. (También la sostiene, por ejemplo, H.J. METTE, *Vergil, Bucol. 4. Ein Beispiel 'generischer' Interpretation*, «RhM», 116, 1973, 71-78, 75, pero trata de ello sólo de pasada; una crítica de esta nueva versión prohesiodesca de Radke puede leerse, por ejemplo, en GATZ, *Weltalter, goldene Zeit*, 87-91 y sobre todo en el minucioso trabajo de A. WLOSOK, '*Cumaeum carmen*' (Verg., *Ecl. 4, 4*): *Sibyllenorakel oder Hesiodgedicht?*, in *Forma futuri. Studi in onore di M. Pellegrino*, Turín 1975, 693-711 [= ID., *Res humanae - res divinae. Kleine Schriften*, hrsg. E. HECK - E.A. SCHMIDT, Heidelberg 1990, 302-19]). Independientemente de que algunos argumentos de Radke sean — lógicamente — más o menos discutibles, y dejando de lado incluso el hecho de que, por un lado, los oráculos sibilinos de las colecciones oficiales no eran, ni mucho menos, los únicos que circulaban por Roma — sobre todo por la Roma de finales de la República — y, por otro lado, que el secreto que se aplicaba a aquellos textos custodiados por los *XVviri* no tenía una vigencia continua ni absoluta, creo que no hay por qué pensar necesariamente en que el «Cumaeum carmen» al que alude Virgilio — y suponiendo que sea un *carmen sibilino* — tenga que referirse precisamente a prodigios que apunten al año 40 a.C. o, en general, a esa época de guerras intestinas que dura desde la confrontación entre Pompeyo y César hasta Accio, y mucho menos que tal *carmen* en concreto haya tenido que difundirse en una época próxima al momento en el que Virgilio escribe su égloga: me parece más verosímil — aunque lo contrario también sea perfectamente imaginable, tal y como lo apunto más arriba en el texto — que la alusión sea a un texto sibilino antiguo y bien conocido que contendría una referencia a alguna clase de edad áurea que resultaría —

*turnia* — completados un par de versos más abajo con referencias igualmente inequívocas como «gens aurea» y «gens ferrea» — son, naturalmente, los tiempos en los que Saturno reinó sobre la tierra, es decir, los tiempos de la generación áurea tal y como la aprendemos de la versión hesiódica o de cualquiera de las muchas que dependen de ella, y la *Virgo* sólo puede ser, en consecuencia, Astrea; la *noua progenies*, a decir verdad, puede ser casi cualquier cosa: quizá podría comprenderse dentro de la leyenda saturnia e incluso dentro de cualquier mito que refiera la llegada de una nueva era, pero parece verosímil que al menos guarde cierta relación con la doctrina estoica a que hacen referencia Lucrecio u Horacio (Lucr. II 1153 y Hor. *Sat.* I 5, 100-03)<sup>42</sup>; el *magnus saeculorum ordo* se entiende bien dentro de la concepción etrusca de la historia — sobre la que vuelvo inmediatamente — pero igual de bien si partimos de concepciones filosóficas — quizá sobre todo pitagóricas — como las que afloran, por ejemplo, en el *Somnium Scipionis* de Cicerón<sup>43</sup>. Es a partir de aquí cuando las cosas comienzan a complicarse. El problema central es éste: ¿cómo se conjuga la llegada de los *Saturnia regna* con la de la *ultima aetas* del *carmen cumano*? Para solucionarlo se han propuesto las teorías más sofisticadas, y el error común a casi todas ellas viene, a mi juicio, del intento de ver todos estos conceptos y, en concreto, la *ultima aetas* y los *regna Saturnia*, como elementos sucesivos de una misma historia: así por ejemplo no es raro dar crédito a la hipótesis que hace de la *ultima aetas* una especie de antesala de los reinos saturnios — y que a su vez origina, obviamente, graves problemas de interpretación para el resto de la égloga —. En mi opinión Virgilio yuxtapone dos o tres mitos — permítaseme el término aunque no sea del todo exacto para el caso — completamente ajenos entre sí: por un lado el mito hesiódico, por otro el mito etrusco que, muy probablemente, recogía el *carmen cumano* y que, al menos en principio, nada tiene que ver con el del Viejo de Ascra, y si acaso un tercero que sería la teoría filosófica del *magnus annus*. El mensaje virgiliano sería, más o menos, algo así: «va a tener lugar — o lo ha tenido ya — el nacimiento de una nueva era de felicidad universal que nos vendrá dada por este joven César: todos esos mitos que habéis oído sobre el advenimiento de una nueva época de prosperidad — ya sea la clásica sucesión de las generaciones hesiódicas, ya los diez siglos etruscos o el gran año pitagórico — se referían a esto que va a suceder o que está sucediendo ahora». No hay, pues, necesidad de conjugar la *ultima aetas* con los *Saturnia regna* ni nada por el estilo<sup>44</sup>. Queda, a pesar de todo, algún punto oscuro, pero que en nada o casi nada afecta a la interpretación de estos versos y que se debe a nuestro relativamente escaso conocimiento de ciertas creencias y doctrinas antiguas. Es el caso de la *ultima aetas* del *Cumaeum carmen*, sobre el que, sin embargo, algo puede sacarse en limpio.

necesariamente — más o menos tópica para los romanos del tiempo de Virgilio, tan tópica y tan conocida como pudiera ser el mito de Hesíodo o el *magnus annus* aunque, si se quiere, quizá no en los mismos niveles sociales. Volviendo a lo que señalo a propósito de la teoría renovada por Radke, numerosas alusiones a profecías — sibilinas y no — sobre el advenimiento de una nueva era pueden leerse, por ejemplo, en los trabajos de A. Alföldi citados en la nota 7.

<sup>42</sup> No es inverosímil — tampoco me satisface del todo — la teoría que ha sostenido al respecto G. RADKE, '*Aurea funis*', *Gymnasium*, 63, 1956, 82-86 que, como se ha señalado más arriba, también propone la identificación entre el *puer* y Augusto. De acuerdo con Radke el verso «*iam noua progenies caelo demittitur alto*» (IV 7) presupondría necesariamente el famoso sueño de Cicerón contado por Suetonio (*Aug.* XCIV 14): «M. Cicero C. Caesarem in Capitolium prosecutus somnium pristinae noctis familiaribus forte narrabat: puerum facie liberali demissum e caelo catena aurea ad fores Capitoli constitisse eique iouem flagellum tradidisse; deinde repente Augusto uiso, quem ignotum plerisque adhuc auunculus Caesar ad sacrificandum acciuerat, affirmauit ipsum esse, cuius imago secundum quietem sibi obuersata sit». Es decir — y paso por alto algunas referencias importantes en la argumentación de Radke — la *noua progenies* de la cuarta égloga se referiría simplemente al *puer*.

<sup>43</sup> Sobre el *magnus annus*, además de lo ya citado, es particularmente útil B.L. VAN DER WAERDEN, *Das grosse Jahr und die ewige Wiederkehr*, *Hermes*, 80 (1952), 129-55.

<sup>44</sup> Parece proponer algo similar — no, en cualquier caso, idéntico — BÜCHNER, *Virgilio*, 238 s. (cf., sin embargo, *ib.* 251).

El relato de Hesfodo deja bien claro que la sucesión, por cíclica que sea, comienza con la generación de oro y acaba con la de hierro: se ha visto ya que la propuesta de una subdivisión que nos conceda una época de transición entre la Edad de Hierro y la Edad de Oro a la que podamos llamar *ultima aetas* nos trae, a la hora de explicarnos la égloga, más problemas que soluciones, y cualquier intento de aducir el carácter cíclico de la sucesión para hacer equivalentes el primer estadio de una con el último de otra es, obviamente, inútil. Se sigue, pues, que ambos mitos — el de Hesfodo y el que tenemos que adivinar tras esa noticia de Servio — son, por así decir, mutuamente irreductibles: uno parte de lo óptimo y termina en lo pésimo, y el otro, empieza donde empieza, termina en lo óptimo<sup>45</sup>. Se ha señalado ya que también Servio es partidario de ver tras el *Cumaeum carmen* una alusión a la Sibila de Cumas, y nos informa de que nuestra Sibila «saecula per metalla diuisit», de que asignó a cada una de las edades o siglos un dios y de que «Solem ultimum, id est decimum uoluit». Resulta imposible que cada una de las diez edades de la Sibila viniera representada por un metal («so viele Metalle gab es nicht», como dice Kraus), pero no lo es menos que Servio — o quienquiera que sea su fuente — se invente que en el canto cumano las edades eran diez. De hecho tenemos otras noticias que apoyan la verosimilitud del dato: en efecto, Censorino (XVII 6) habla de que los etruscos dividían la vida de su pueblo en diez edades; el propio Servio danielino (*Ecl.* IX 46), al comentar la aparición del «astrum Caesaris» el día mismo de los *Ludi funebres* que Augusto celebró a la muerte de Julio César y las distintas interpretaciones que se dieron en el momento, cuenta que el arúspice Vulcanio dijo «in contione» que el cometa significaba «exitum noni saeculi et ingressum decimi» y que él (*sc.* Vulcanio) moriría al punto por haber revelado secretos impronunciados, cosa que realmente sucedió «in ipsa contione»; y añade Servio, lo que aún es más interesante si cabe, que esta anécdota «Augustus in libro secundo de memoria uitae suae complexus est». Esto es casi todo lo que hoy podemos saber sobre esta creencia etrusca: el hecho de que Apolo sea el dios del último siglo y su posible relación — que se me antoja inevitable — con el «tuus iam regnat Apollo», hacen más que probable que Virgilio se viera tentado por una alusión que le ve-

<sup>45</sup> Dejando a un lado el hecho de que la teoría que postula la subdivisión mencionada carece por completo de fundamento, interesa señalar que tampoco la cuarta égloga contiene ningún indicio de que pueda avanzarse una hipótesis tal, ya que pretender contraponer el perfecto «uenit» (IV 4) — acompañado, en efecto, de «iam» — a los presentes que vienen a continuación, y sostener con ello que el perfecto se refiere al presente y los presentes al futuro, resulta poco convincente. Hay que reconocer, sin embargo, que la aplicación de esta teoría para interpretar el resto de la égloga es ingeniosa y atractiva: quien escribe y quien lee los versos vive, lógicamente, en esa «ultima aetas» en la que reina Apolo, de modo que Apolo es Augusto; los *Saturnia regna*, o sea, la verdadera Edad de Oro, vendrá en cambio con el *puer*: con el hijo, pues, de Augusto — añadirá el exegeta — que tantos han intentado ver en Julia, en Marcelo o en otros. Pero nada de esto encaja en el resto de la égloga: fuera de los aspectos puntuales que lo contradicen, resulta, bien mirado, de una falta de verosimilitud absoluta que se manifiesta, por ejemplo, en el desequilibrio entre, por un lado, los dos versos que se referirían a la «ultima aetas» — a Augusto — y, por el otro, todo el resto de la égloga, que versaría sobre la verdadera Edad de Oro. Léanse de nuevo los cuatro versos citados al comienzo de este Apéndice y se impondrá la falsedad de esta hipótesis. Pero, en cualquier caso, no son más que ganas de especular: como se ha señalado ya, no hay ningún indicio, ni dentro ni fuera de nuestra égloga, que permita semejante lectura. (E. KRAGGERUD, *Further problems in Vergil* (*Ecl.* 4, 4; *Ge.* 2, 508 f.; *Aen.* 4, 126; 12, 648; 790; 835), «SO», 65, 1990, 63-77 avanza la siguiente hipótesis: «As *summus mons* would normally signify the peak of a mountain, *ultima aetas* would preferably mean 'the end of a certain time' [...] So far, then, my conclusion is that line 4 means: 'Now has come the termination (of the period of time we live in [...]) prophesied by the Sibyl'». Pero al menos ya H.J. ROSE, *The eclogues of Virgil*, Berkeley y Los Angeles 1942, 177 había advertido de que «if one age only were in question, we might take the words to mean 'the end of the age', as *summus collis* means the top of a hill [...]; but *summus collis* [...] cannot mean the top of the highest of a number of hills [...]. *Ultima aetas*, then, cannot mean the last part of the last period of time, but only the last one of several periods». La cuestión, en todo caso, es si aquí puede entenderse que sólo se trata de una *aetas* o no).

nía como anillo al dedo <sup>46</sup>. Falta tan sólo una cosa: que esa última edad etrusca sea una edad de felicidad, pero no hay ningún texto que nos lo afirme ni ninguno que nos lo niegue. No parece imposible cuando existe toda una clase de mitos y relatos — algunos de ellos en oráculos sibilinos — que proponen un siglo perfecto no al comienzo de la historia, sino al final <sup>47</sup>. En cualquier caso — y aunque sea, para lo que aquí nos toca, indiferente — parece razonable contar con que la *ultima aetas* tenga siquiera cierta relación con el mito etrusco: no hay razones para despreciar hasta tal punto el testimonio de Servio.

Desde el punto de vista de la comprensión de la cuarta égloga — se ha apuntado ya más arriba — la interpretación de «*magnus saeculorum ordo*», «*noua progenies*» y «*magni menses*» (IV 12) es de menor importancia: no es necesario suponer ninguna otra concepción temporal ni ningún otro mito además de los ya mencionados para que todo ello se entienda a la perfección. Quizá el argumento más fuerte para postular la presencia de otra doctrina más lo aporten esos «*magni menses*»: parece una alusión clara — y así lo entiende la mayor parte de los exegetas de la égloga — a la doctrina pitagórica del *magnus annus* tal y como podemos leerla, principalmente, en el *Somnium Scipionis* ciceroniano (Cic. *Rep.* XXII). Caso de que haya que entenderlo así no parece que deba tener un sentido equivalente al de los *Saturnia regna* o la *ultima aetas*: su función no sería denotar una época de felicidad sino magnificar el advenimiento del niño haciéndolo coincidir con el comienzo de una era cósmica.

<sup>46</sup> Nada nos garantiza que la doctrina que contuviera el carmen cumano fuera esta etrusca descrita por Censorino: el hecho de que exista esta última es, sin embargo, un indicio interesante de que pudiera haber otra, más o menos semejante, en un oráculo sibilino. Y en efecto parece que se trataba, como casi siempre, de un mito de varias versiones, pues encontramos que en algunos autores se habla de cuatro edades y en otros de ocho. Para nuestro caso tanto da. (Sobre el fragmento de Vegoia y los autores que hablan de ocho siglos resulta instructivo L. ZANCAN, *Il frammento di Vegoia e il 'nouissimum saeculum'*, «A & R», 7, 1939, 203-19, así como J. HEURGON, *The date of Vegoia's prophecy*, «JRS», 49, 1959, 41-45).

<sup>47</sup> GATZ, *Weltalter, goldene Zeit*, 95, señala al respecto lo siguiente: «Dagegen fehlt der gesamten antiken Tradition bis auf Vergil der goldenen Zeit dieser Verheissungscharakter. Die antike Sichtweise ist retrospektiv, sie versteht das goldene Zeitalter nur als das verlorene Paradies, niemals als das zukünftige». Ello no quiere decir que la Antigüedad clásica no haya imaginado ningún paraíso futuro («dafür hat sie andere, eigene Verheissungsmythen erfunden, wie sie in den Transzendentalen sagen von den Inseln der Seligen oder der Unterwelt vorliegen», *ib.*) y, mucho menos, que no podamos encontrarlo justamente en textos como los oráculos sibilinos que nos han llegado: así, en *Orac. Sib.* IV 47, la décima edad es una época en la que se alcanza la felicidad universal (*apud* NISBET, *Virgil's fourth eclogue*, 60 y n. 15; véase también J.M. NIETO IBÁÑEZ, *El mito de las edades: de Hesíodo a los «Oráculos sibilinos»*, «Faventia», 14, 1992, 19-32). Es perfectamente verosímil que el carmen cumano contuviera una concepción próxima a cualquiera de éstas y, quizá, no tan alejada — en este sentido — de la que leemos en Hesíodo (véase sobre esto, por ejemplo, H. WAGENVOORT, *Indo-European paradise motifs in Virgil's fourth eclogue*, «Mnemosyne», 15, 1962, 133-45). Insisto en que hablamos de documentación literaria: otra cosa es lo que puede deducirse — con mayor o menor precisión — de representaciones plásticas como las de las monedas (y hay que remitir otra vez a los estudios de A. Alföldi aducidos en la nota 7). La posibilidad de una conexión con la teoría racionalista que reivindica el progreso humano parece, en un caso como éste, remota (es ilustrativo al respecto, en cualquier caso, KUBUSCH, *'Aurea saecula'*, ya citado, y R.H. MARTIN, *The Golden Age and the κύκλος γενέσεων (cyclical theory) in Greek and Latin literature*, «G & R», 12, 1943, 62-71).